

EL CORREO DE ULTRAMAR

PARTE LITERARIA ILUSTRADA.



1858. — TOMO XII.

EDITORES PROPRIETARIOS : X. DE LASSALLE Y MÉLAN.

AÑO 17. — N° 293.

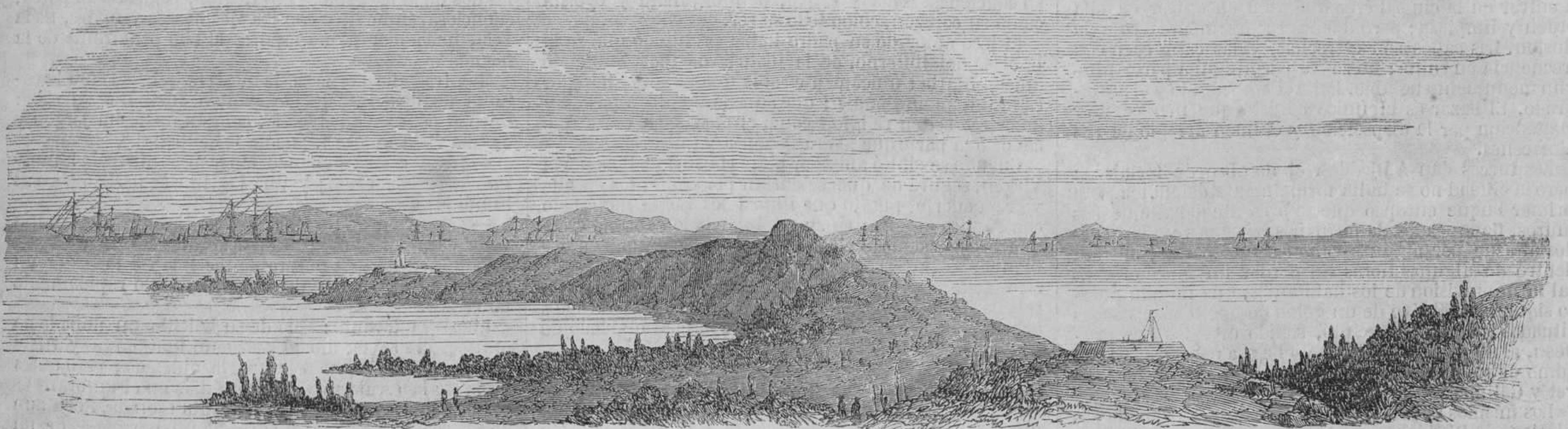
Administración general, passage Saubier núm. 4, en Paris.

SUMARIO.

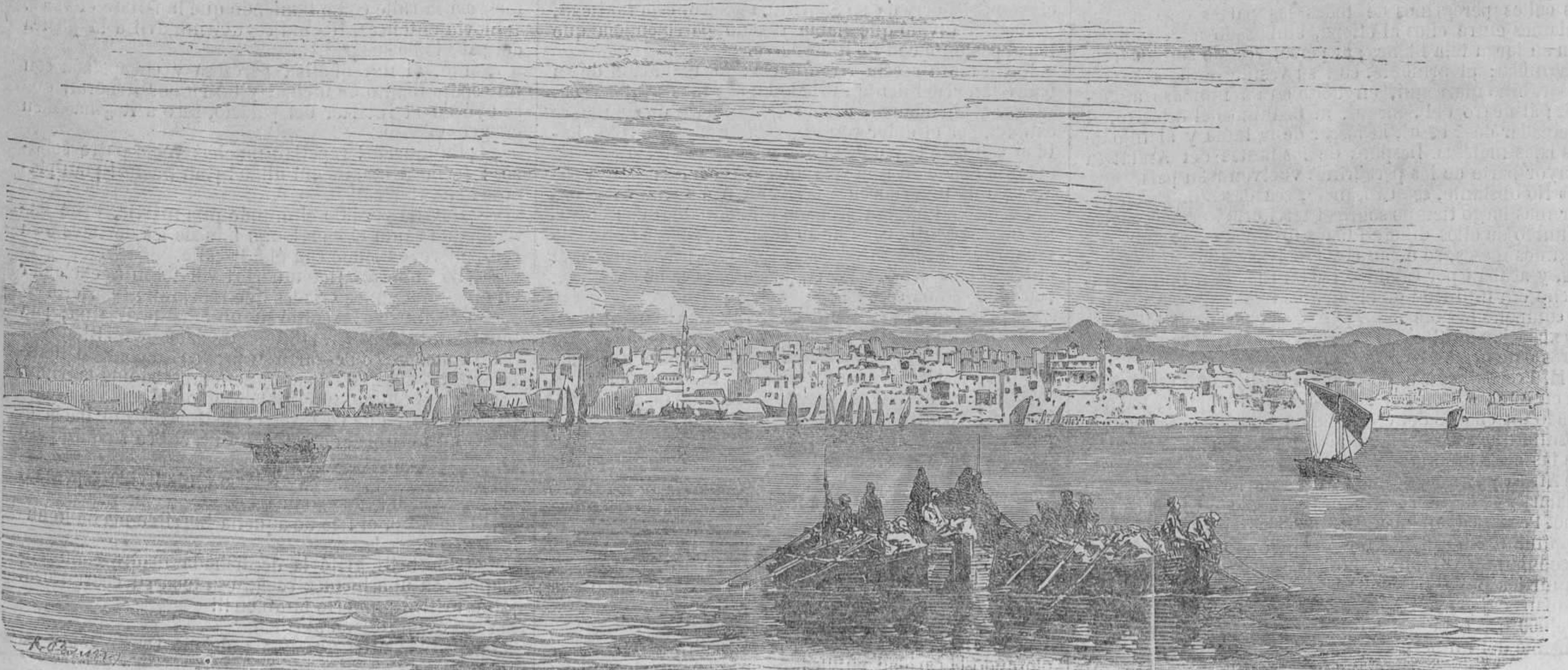
Las flotas aliadas delante de la embocadura de Pei-ho; grabado. — La ciudad de Djeddah en el mar Rojo; grabado. — No hay culpa sin pena. — La Guyana fran-

cesa; grabados. — Revista de Paris. — La feria de las vanidades. — Portsmouth; grabados. — Literatura musical. — La Exposición de Limoges; grabados. — Ceremonia en la capilla de Braun; grabado. — Canal de Isabel II; grabado. — Una romería en Vizcaya. — Las regatas; grabados.

Como argumento del primero de los dibujos que figuran en esta página extractamos á continuación algunos pormenores, escritos por su mismo autor y fechados en el fondeadero de Pei-ho el 27 de abril de 1858. « Desde el 17 de este mes estamos anclados delante de la embocadura del Pei-ho, riachuelo poco profundo que atraviesa Pekin, y baña á dos leguas de aquí la



LAS FLOTAS ALIADAS DELANTE DE LA EMBOCADURA DE PEI-HO, EN LA CHINA.



LA CIUDAD DE DJEDDAH, EN EL MAR ROJO.

ciudad de Tie-tsin, que está considerada como el puerto marítimo de la capital.

Vista del fondeadero donde la flota está reunida, la tierra se encuentra tan baja que un dibujo de ella sería poco interesante. Por esto me he aprovechado de una excursión que hicimos ayer por las cercanías de Ta-ku, para dibujar el aspecto general del fondeadero visto desde un cerro situado en la orilla derecha de la embocadura.

La punta que se adelanta en el mar, así como las rocas y los islotes esparcidos que se distinguen á lo lejos, son todos de formación granítica, y presentan aquí y allá esas masas erráticas negruzcas, tan comunes en todas las costas del imperio chino.

Todo lo que hemos podido ver hasta aquí del promontorio del Chan-tung y de las costas del Petcheli, ofrece un aspecto árido y desolado que recuerda las montañas calcinadas y rojizas de las provincias de Canton y de Fokien. Sin embargo, con el telescopio se distingue en los valles una buena vegetación y los indicios de un cultivo extenso, lo que concuerda con la reputación que tiene este país de suministrar las mejores frutas y legumbres de la China.

Hasta aquí la correspondencia; en el número próximo hablaremos de la toma de los fuertes de Pei-ho por las fuerzas aliadas.

—Publicamos también en la primera página una vista de Djeddah, que ha sido teatro de horribles acontecimientos. Los bárbaros habitantes de esa ciudad se sublevaron, y después de haber asesinado á los cónsules inglés y francés, y á la señora de este último, cayeron sobre los cristianos, degollaron á cuantos pudieron y robaron sus casas. Los gobiernos de Francia é Inglaterra han tomado las medidas convenientes para vengar el crimen, y el sultan no se muestra tampoco menos dispuesto á castigar á los delincuentes.

Con motivo de estos sucesos nos parece se leerán con interés los siguientes datos que extractamos de los viajes más recientes por el mar Rojo, y particularmente de los escritos por los señores Ferret y Galinier.

Djeddah, situada á 21° 30' de latitud Norte, se halla en la costa oriental del golfo arábigo. Colocada á dos días de marcha de la Meca, debe á su ventajosa posición el privilegio de proveer á la ciudad santa y el ser uno de los puntos más importantes del Hedjaz. Vista desde el mar con sus casas blancas y sus numerosos minaretes, ofrece un aspecto agradable. Cuando uno va á entrar en la ciudad cree que va á encontrar en ella orden y limpieza; pero apenas se desembarca cesa la ilusión. Las calles son estrechas, y las casas caen con frecuencia en ruina; no se ve por ninguna parte ningún monumento notable. Falta el empedrado y el alumbrado. El bazar es el único edificio que merece fijar la atención por la disposición y el buen arreglo de sus almacenes.

Los turcos dan á Djeddah el nombre de fortaleza; pero la ciudad no se halla formalmente defendida. « El primer buque europeo que se presente delante de sus muros, flanqueados de pequeños torreones y guarnecidos al azar por algunos cañones inofensivos, entrará dentro de algunas horas sin perder un marinero. Es tal la imprevisión de los habitantes, que no han puesto siquiera al abrigo de un golpe de mano las cisternas situadas fuera de su recinto, siendo estas las que proveen, al menos en gran parte, el agua necesaria al consumo diario de la ciudad. » Así hablan los señores Ferret y Galinier.

Los mismos viajeros se extienden después sobre la población de Djeddah, que hacen ascender á 20,000 almas; pero este número se encuentra casi duplicado mientras dura la peregrinación. « En la época de nuestra permanencia, dicen, encontrábamos á cada paso en las calles peregrinos de todas las partes de Oriente. Veíamos entre ellos al etiope, embozado á la romana con su larga tela blanca; al persa, vestido con su traje magnífico; al armenio, con su vestidura flotante; al mograbino marroquí, envuelto en su inmenso albornoz; al negro del Senegal, al beduino del desierto, al mercader de Mossul, al lascar de la India y al hijo de las islas maledas. Después de las fiestas del Arafat la mayor parte de los peregrinos vuelven á su país.

« No obstante, sea cansancio, sea deseo de permanecer más largo tiempo sobre el territorio sagrado, cierto número de ellos difieren todos los años su partida por algunos meses, se casan con esclavas gallas, tienen hijos, y acaban por establecerse en Djeddah. De ahí proviene esa multitud de elementos heterogéneos de que se compone la población, pues casi todos los habitantes, á excepción de algunas familias de sherifs, son extranjeros ó de origen extranjero... »

M. Fresnel, cónsul de Francia en Djeddah en la época en que pasaron por ella los citados viajeros, ha formado un cuadro del comercio de esta ciudad, del cual resulta que saca por año de la India, del golfo Pérsico, de las costas fuera del estrecho, de Yemen, de la costa de Africa y lambo, de Suez y del interior, por 2.210,890 thalaris, es decir, 14 millones y medio de francos por año. Pero Djeddah hacia más negocios hace unos 40 años. Según Burekhardt, las rentas de la aduana de Djeddah ascendían en 1814 á 2 millones de francos; en 1839, según los datos de M. Fresnel, estas mismas rentas habían bajado á 1.350,000 fr.; diferencia en contra 650,000 fr., lo cual debe atribuirse á una disminución sensible del número de peregrinos de la Meca.

NO HAY CULPA SIN PENA.

NOVELA ORIGINAL

POR LA

SEÑORA DOÑA MARIA DEL PILAR SINUES DE MARCO.

(Conclusion.)

XVII.

Una escena de distinto género que la anterior, pero más triste aun, tenía á la vez lugar en la casita que ocupaban Justino y su esposa.

Ambos estaban en la primera de las salitas, completamente desmantelada ya, porque aquellos habían vendido todos los muebles que antes llenaban la pequeña habitación.

Sentada Regina en una de las dos únicas sillas de madera que se veían, mecía sobre sus rodillas á un niño de pocos meses, hermoso, pero flaco y descolorido como su madre.

Esta se asemejaba á un cadáver: sus grandes ojos parecían haber crecido; su tez, blanca como el alabastro, había perdido del todo sus matices de rosa, y en cada una de sus mejillas descubriase un hoyo profundo, señal infalible de sus privaciones y miseria.

Apoyado en la otra silla y mirando á la madre y al hijo con desgarradora expresión, estaba Justino, flaco, pálido, con la barba larga y el cabello crecido y descompuesto: sus ojos hundidos fulguraban con una luz sombría; de vez en cuando un temblor convulsivo agitaba sus labios recorriendo después todo su cuerpo que se agitaba como un arbusto azotado por el viento.

Jamás ofreció la miseria un cuadro más elocuentemente triste.

Largo rato hacia que reinaba un profundo silencio: Regina, sin acentos, sin gemidos ni lágrimas, porque en aquella naturaleza de hierro no tenía entrada ninguna emoción ostensible, sostenía á su pequeño hijo contra su seno helado por un último y supremo esfuerzo de maternal amor.

Había llegado á la miseria paso á paso, sin susto, casi sin dolor: ni la muerte misma la arredraba: la maldición de su padre no pesaba sobre su frente porque la juzgaba injusta: sus creencias religiosas habían sido tan poco desarrolladas en su educación descuidada, que solo sabía distinguir lo bueno de lo malo, según su conciencia recta y altiva, pero orgullosa y egoísta como su corazón, como todo su ser.

El loco amor de su padre había prohibido que se le hablase del infierno, de la justicia de Dios, temiendo amedrentarla: únicamente sabía que el Sumo Hacedor es infinitamente bueno; que su Madre es toda piedad y amor, y así en religión como en todas las cosas solo conoció la parte que le era benéfica y dulce.

Cuando se sintió afligida, pidió consuelo á Dios y á la Virgen, segura de que se darían por contentos en aliviar su suerte, puesto que nunca les había molestado con súplica alguna: en su fatal y helado egoísmo creía que las potestades celestes así como las humanas debían doblegarse á todos sus deseos, y razonando de este modo les rogó que mejorasen su fortuna con la misma irritada altivez con que recordaba á sus criados algún cuidado de su servicio que se habían olvidado de prestarla.

¿Qué sabía ella de pruebas, enviadas por el Señor para conquistarnos la gloria? ¿Qué sabía ella de paciencia, de resignación? Su férreo carácter necesitaba una mano de acero que le torciese y le guiase, y solo había sido maleado con dañosas é imprudentes caricias.

Pero por más que esperó algún tiempo la complacencia del Criador y de su Santísima Madre, esta no llegó, y Regina olvidó que había rogado pareciéndola que hacia bastante con no indignarse.

Entre tanto crecía su miseria: la maldición de su padre tan cruelmente burlado en sus más gratas esperanzas y abandonado después, la muerte de su madre causada por el dolor con que ella la había herido, habían colmado la medida de la cólera celeste.

En la noche en que volvemos á ver á los esposos, padres ya de una inocente criatura, hacia treinta y dos horas que no habían probado alimento alguno: en vano Justino sentía estallar su cabeza á fuerza de meditar de dónde sacaría un pedazo de pan para su esposa: en vano esta acercaba á su pecho la boca de su hijo... ¡su seno estaba seco!

— ¡Justino! dijo tras un largo rato de silencio; ¡Justino, mi hijo se muere!

— ¡Oh, Dios mío! ¡piedad! gritó el infeliz torciendo sus manos; ¡inspirame un pensamiento salvador!

Regina no oyó estas palabras y se puso de pie: apretó al niño contra su pecho y se cubrió la cabeza con su pañolón viejo y desteñido.

— ¿Adónde vas? exclamó Justino corriendo hacia ella.

— ¡A pedir limosna para mi hijo á la puerta del palacio de mi padre!

— ¡Regina, Regina, tú me enseñas lo que debo hacer! barbotó Justino: ¡yo pediré pan para vosotros dos!

Y rechazando suavemente á su esposa se dirigió á la puerta.

Pero Regina le detuvo.

— ¡No! ¡no! le dijo esta: si mi padre te viera implorando la caridad pública, gozaría en vez de sufrir: la pena que ha de experimentar al ver que lo hago yo me vengará de su crueldad.

Regina, al decir esto, salió de la habitación y bajó la escalera con paso vacilante.

Justino quedó un momento mudo, inmóvil y con el cabello erizado; luego se dió una palmada en la frente como si hubiera surgido en su cabeza una idea luminosa y repentina: salió también de su casa, dejando entornada la puerta, y echó á correr por el oscuro y solitario callejón.

Entre tanto Regina se había situado en la puerta del palacio de sus padres: vio entrar, uno después de otro, á dos personajes gruesos y quiso pedirles limosna; pero el orgullo de su sangre se sublevó, y ni acertó á proferir una palabra, ni su mano pudo extenderse para demandar su caridad.

Aquellos hombres eran los médicos, enviados á llamar á toda prisa por el marqués, para que salvaran á costa de su fortuna entera la vida de su esposa, asesinada de dolor por su culpable hija.

Los dos pasaron sin mirarla.

Una hora después salieron juntos hablando á media voz; pero sus palabras llegaron claras y amargas al corazón de Regina.

— La marquesa se muere, dijo el uno.

— Si, no pasará del amanecer; contestó su compañero.

— La ha matado lentamente el abandono de su hija.

— Me han contado que el marqués ha obrado más cuerdate; desfogó su cólera en la célebre noche de los contratos con una maldición terrible que lanzó á la culpable, y sigue viviendo para presenciar su castigo.

— Sin embargo, amigo mío, el marqués tiene también que vivir muy pocos días: va á quedar solo en el mundo, y su vida se extingue por horas.

— ¡Pobre padre! ¡pobre y amorosa madre! ¡Dios castigue á su infame hija!

Los dos doctores se alejaron después de lanzar el anatema sobre la frente de Regina.

Esta estaba yerta de asombro, y quizá por la vez primera de su vida, yerta también de dolor. ¡Sus padres morían por ella!...

Mientras los dos médicos hablaron pareciale que una serpiente de fuego atravesaba su cabeza mordiendo sus heladas sienes: luego sintió discurrir por todo su cuerpo un frío mortal, y en medio del horroroso temblor que la agitaba, no advirtió que una terrible convulsión hacia chocar contra su desnudo seno al cuerpo helado de su hijo.

Muchas horas, muchas pasaron así: miró á los dos médicos que volvieron en un mismo carruaje á eso de las dos de la mañana; pero Regina, pegada á la pared, silenciosa, inmóvil y con los ojos hoscos y mates, nada veía, nada oía, ni aun sentía el frío penetrante de la noche.

Mientras ella permanecía muda y helada como la estatua de la desesperación, volvió Justino á su casa: miró al pobre y duro lecho, compuesto de un jergón y de una vieja manta... ¡nadie le ocupaba!

— ¡Aun estará pidiendo sin conseguir nada! murmuró el desgraciado; y una lágrima se deslizó por sus hundidas mejillas.

— ¡Mas vale así! volvió á murmurar; ¡no tendría valor para darles mi última despedida!

Sentóse ante una miserable mesilla y á la luz de un cabo de vela, que agonizaba ya, escribió rápidamente una carta.

Luego se levantó: sacó de su bolsillo un puñado de oro, besó la carta, dió al aposento una larga y triste mirada y salió dejando la puerta ajustada; pero antes de bajar la escalera, cayó de rodillas en el umbral.

— ¡Adios! exclamó; ¡adios, santa morada, llena aun de los recuerdos de mi madre, de mi hermana, de mi esposa y de mi hijo! ¡Adios para siempre!

Justino pasó su mano enflaquecida y calenturienta por sus ojos cubiertos de lágrimas, y salió precipitadamente á la calle como temiendo que le faltase el valor.

Llovía entonces. Regina seguía inmóvil á la puerta del palacio de sus padres.

Asomó, al fin, el alba, perezosa y encapotada con un espeso manto de niebla, y un rumor general, que se oyó en el interior del palacio, sacó á Regina de su enagenamiento.

— ¡Ha muerto! repetían muchas voces entre sollozos: ¡señora mía de mi alma! ¡tan buena! ¡tan piadosa! ¡ha muerto!

— ¡Hoy ha perdido el mundo una mártir, y ha ganado una santa el cielo! dijo uno de los doctores á su compañero, saliendo con él á la calle.

— ¡Ha muerto! ¡ha muerto! volvieron á exclamar en el patio algunos criados que rodearon al portero.

— ¡Ha muerto! repitió lúgubremente Regina; ¡ha muerto mi madre!... ¡Oh, desgraciada de mí!!!

Un sollozo seco desgarró su pecho: su corazón lloraba sangre, aunque de sus ojos no brotaba una lágrima.

Entonces dió el niño un débil gemido como si acompañase la pena de su madre: Regina inclinó hacia él su frente abrumada de dolor, y un suave suspiro pasó sobre ella como una brisa.

La cabeza del niño cayó hacia atrás lívida y pesada.

¡Había dejado de existir!

¡El hambre, el frío de aquella horrible noche le habían asesinado!

— ¡Muerto!!! gritó la desdichada madre comprendiendo con una lucidez espantosa toda su desventura.

¡Muerto!!!... ¡muerto también!!!

Y cayó aniquilada al suelo.

La justicia divina se había dejado sentir sobre su cabeza.

Dios nunca deja sin castigo al hijo que ha merecido la maldición de su padre.

La muerte, en el mismo instante de arrebatarse á Regina á su madre, la robaba también el hijo nacido de su seno, igualando así el fruto de la culpa con su castigo.

De súbito se levantó: oprimió convulsivamente el cadáver del niño, y doblando la esquina entró en su casa, subió la escalera y penetró en su misera habitación.

La luz triste de aquel lluvioso día la iluminaba con una vaga claridad.

— Justino! dijo Regina dejándose caer en la misma silla que su esposo había ocupado para escribir; pero nadie contestó á su voz.

Entonces reparó en el Oro y en la carta: separó las monedas, y sin soltar á su hijo, abrió el billete, que estaba concebido en estos términos:

« Regina, me he vendido como soldado en la bandera de América: cuando leas esta carta estaré ya en camino para Cádiz, donde voy á embarcarme: solo así podía daros pan á tí y á mi hijo.

« Adios, Regina mia: nuestro amor nos ha hecho muy desgraciados: nunca se conquista la felicidad faltando á los deberes que la naturaleza y la religion imponen.

« Pide perdón á tus padres, Regina: solo con el fin de que te le concedan me alejo de tí; y hasta que pueda convencer á tu orgullo de que debes hacerlo, te dejo, para que vivas, el precio de mi libertad.

« Adios, otra vez, esposa mia! Adios, hijo querido de mi corazón! Si no muero volveré á abrazaros un día con toda la efusión de mi alma!

JUSTINO. »

XVIII.

Regina quedó un instante inmóvil y con los ojos extraviados.

— Con que estoy sola en el mundo! exclamó tras una larga pausa. ¡Sin madre!... ¡Sin esposo!... ¡Sin hijo!... ¡Oh, corramos hácia lo último que me queda!

Salió, al decir esto, sin cuidarse de cerrar la puerta; dobló la callejuela y entró en el palacio de sus padres, llevando en los brazos el cadáver de su hijo.

Nadie se opuso á su paso, y penetró hasta la habitación de su madre.

La marquesa dormía el sueño eterno en su lecho de muerte: á sus piés y postrado de rodillas el anciano Pablo lanzaba sollozos secos y comprimidos.

— Padre! gritó Regina deteniéndose en el centro de la estancia.

El marqués alzó la cabeza y reconoció á la hija cuya imagen tenía grabada en el corazón con sangre y fuego.

— ¿A qué has venido aquí, verdugo de tu madre? exclamó levantándose con furia. ¡Huye! continuó; ¡huye de mi vista!

— Padre! ¡Es que estoy sola en el mundo!... murmuró la infeliz con acento desgarrador.

— Yo también! barbotó el marqués: ¡yo también he quedado solo por tí!

— Padre! ¡Mi esposo me ha abandonado, y mi hijo ha muerto de hambre!... volvió á decir Regina con acento doliente y debilitado. ¡Padre! ¡Perdóname!

— Nunca! exclamó el anciano con temblorosa voz.

— Padre mio! ¡Por el cadáver de mi madre aquí presente, por el de mi hijo que pongo á tus piés, perdóname para que pueda morir en paz!...

Y Regina echó á las plantas de su padre el cuerpo frío ya de su hijo.

El anciano fijó en el niño sus secos y escandecidos ojos; poco á poco su mirada se cubrió de lágrimas; recorrió su cuerpo un violento temblor, y por fin abrió los brazos á su hija que se arrojó en ellos.

— Te perdono! exclamó estrechándola contra su seno: ¡vive á mi lado, desgraciada!

— Solo... en el cielo... padre! tartamudeó la joven exánime ya y moribunda.

— Hija mia!... ¡Socorro!... ¡socorro para mi hija!... gritó el anciano.

Todos los criados se precipitaron en el aposento.

— Padre, que me entierren con mi madre... y con mi hijo!... murmuró aun Regina; ¡y... cuando vuelva... Justino... que le enseñen mi sepulcro!...

— No morirás, hija mia, no!... ¡Yo no quiero que mueras hasta que Dios me llame á sí!... ¡Vive, vive para endulzar mi agonía!

— Padre, tu bendición... y adios!... suspiró Regina.

— Bendita, bendita seas, hija de mi alma; pero vive para que tú puedas perdonarme también!!

Regina pegó sus labios á la megilla rugosa del anciano, y dejó en aquel beso su postrer suspiro.

— Hija! ¡hija de mi corazón! exclamó el desventurado padre: ¡hija mia!... ¡Oyeme!... no me dejes, por Dios!...

Los criados le quitaron el cadáver de los brazos, y como si la sola presencia del cuerpo de su hija le sostuviese, cayó sin sentido en el suelo.

XIX.

Al día siguiente fueron enterrados en el soberbio panteón de los marqueses de Villalta los cuerpos de la marquesa, de su hija Regina y del hijo de esta infeliz joven.

Dos días después, un anciano encorvado, con el cabello blanco y el semblante espantosamente demacrado, subió á un coche enlutado y se dirigió al cementerio donde descansaban las personas antes nombradas.

Era el marqués de Villalta.

Así que llegó se apeó trabajosamente con la ayuda de un criado, vestido de negro como él; dió algunas monedas al fúnebre guardian del recinto de los muertos, y se adelantó, apoyado en el brazo del doméstico, que era también un anciano encanecido.

— Déjame solo, Joaquín; le dijo postrándose en el panteón.

El anciano criado obedeció, y el marqués dobló la calva frente sobre la fría piedra del mausoleo.

— ¡Esposa mia! ¡Regina de mi alma! ¡Pobre é inocente hijo á quien no he conocido! ¡Perdon! murmuró entre sollozos. ¡Adorada Gabriela! ¡Mi fatal orgullo y la funesta educación que di á nuestra hija labraron la perdición de toda mi familia! ¡Hija querida!... ¡Perdóname, y ruega á Dios que me perdone también mis errores! ¡Pídele que separe de mi lecho, en mi cercana agonía, tu sombra y la de tu hijo hambrientas é irritadas!

Calló el marqués, y volvió á sollozar; poco á poco se calmaron sus gemidos y se levantó yendo á buscar al criado que le condujo á su carruaje.

Durante seis días siguió visitando el panteón: en el último viendo el ayuda de cámara que su amo tardaba mucho en levantarse, se acercó á él. ¡Estaba muerto!

Su rostro sonriente y apacible decía que su agonía había sido serena y su muerte feliz.

XX.

Diez años después bajaba un capitán del regimiento de América de una diligencia de Cádiz, que acababa de llegar á Madrid. Parecía tener treinta y tres años, y su figura era muy gallarda, aunque su semblante estaba velado por una profunda tristeza.

Sin detenerse un instante se dirigió á la calle en que estaba situado el palacio de los marqueses de Villalta, dió la vuelta á él, y entró en la casita que ya conocen mis lectores.

La ocupaba á la sazón una mujer anciana.

Justino, pues él era el soldado, preguntó con acento tembloroso por la persona que anteriormente la había habitado.

— Murió, y su hijo también, contestó la anciana.

Justino se apoyó contra la pared.

— Están enterrados con sus padres los marqueses de Villalta... ¡Historia más rara que la de aquella pobre joven!

Justino salió de la casita con el corazón oprimido; besó la losa fúnebre que guardaba los restos de su esposa y de su hijo, y se embarcó de nuevo para América.

Nunca volvió á saberse de él.

XXI.

La caída de una tarde de otoño era cuando dos personas paseaban por una frondosa alameda encerrada en una de las más bellas quintas que rodean la encantada Sevilla.

Era un hombre y una mujer.

Ella, de estatura más bien pequeña que alta, parecía tocar en los veinte y dos años, aunque en realidad tenía seis más; pero su plácida belleza disminuía su edad, al mismo tiempo que reflejaba la bondad y dulzura de su carácter.

Su compañero contaba algunos estíos más; sin embargo, su cabellera, negra como el ala del cuervo, no estaba aun matizada con la más leve hebra de plata.

También era hermoso; pero con esa belleza que indica un corazón ardiente y un alma recta y fuerte.

Después de haber dado algunas vueltas por la calle de tilos y limoneros donde los hemos encontrado, fueron á sentarse en un banco cubierto de césped y respaldado por jazmines.

— Hoy estás triste, Eugenia; dijo el caballero tomando cariñosamente una de las lindas manos de su compañera: ¿no me dirás lo que tienes?

— Pienso en mi pobre hermano, Arturo! respondió esta mientras una gruesa lágrima temblaba suspendida de sus pestañas de oscura seda.

El vizconde del Olmo, pues el vizconde era el caballero, no aventuró, para acallar el dolor de su esposa, uno de esos estériles consuelos que consisten en algunas palabras vacías de sentido: contentóse con acercarse á Eugenia á su seno, é imprimir un beso en su blanca frente.

— ¡Pobre Justino! continuó ella dando rienda suelta á su llanto: ¡hoy es su cumpleaños, y no sabemos lo que es de él! ¡Ay! ¡Sin duda ha muerto en el suelo abrasado de América sin una mano amiga que cierre sus ojos!

— Debemos consolarnos con que hemos hecho cuanto ha estado á nuestro alcance practicar para encontrarle: tú sabes, Eugenia mia, que á no ser por nuestros hijos, nosotros mismos hubiéramos atravesado los mares para buscarle y traerle á nuestro lado.

— ¡Fatal pasión, la que ha perdido á tantos seres! murmuró Eugenia, quedándose absorta en sus amargas reflexiones.

— ¡Fatal amor, el de unos padres que no supieron educar á su hija inspirándola la sumisión, que es la prime-

ra obligación de los hijos, ni doblegarse al orgullo que ellos mismos habían fomentado en el ser á quien tanto amaban! Pero dejemos á mis infortunados tíos descansar en sus tumbas, y sírvanos su ejemplo para saber educar á nuestros hijos. Tú eres buena, Eugenia mia, porque tu madre te formó á su imagen; la condición humana necesita diques... ¡desgraciado del ser que no los tiene!

Calló Arturo, y Eugenia apoyó sollozando su cabeza en el pecho de su esposo.

De súbito se oyeron gritos alegres é infantiles, y dos hermosos niños aparecieron corriendo por la calle de tilos.

Eran de diferente sexo, pero ambos de una belleza risueña y encantadora: el niño parecía tener ocho años: la niña no pasaba de los seis.

— ¡Mamá! ¡mamá! venimos del colegio, gritaron á la vez.

Eugenia enjugó sus lágrimas y los confundió en un mismo abrazo.

— Mamá, Carlos no ha escrito hoy porque no tenía gana, y el maestro le ha regañado mucho; dijo la niña tristemente y como doliéndose de la corrección de su hermano.

— Mamá, Malvina ha concluido el pañuelo que cosía, según ha dicho la maestra; gritó alegremente el niño.

— De ese modo, Malvina va á salir con su aya á paseo y á comprar juguetes; dijo con dulzura Eugenia besando á su hija.

— Y tú, Carlos, te quedarás en casa en castigo de no haber escrito; añadió severamente Arturo.

El niño retrocedió algunos pasos lloroso y confundido; y un instante después, una señora de edad madura entró en el jardín para llevarse á la niña, que volvía la cara contemplando con dolor á su hermanito.

Eugenia fijó en su esposo una mirada de tristeza.

— Comprendo que te será sensible que Carlos se quede castigado, Eugenia, la dijo el vizconde; pero considera que únicamente haciendo buenos á nuestros hijos les haremos felices.

El buen padre tomó de la mano al niño, dió el brazo á su esposa, y los tres continuaron su paseo por la calle de tilos.

La Guyana francesa.

Para concluir la serie de artículos que bajo el título de los *Presidarios en Francia* hemos publicado en nuestros números anteriores, damos á continuación una noticia sobre la Guyana francesa, lugar elegido, como sabemos ya, para los nuevos establecimientos penitenciarios.

La Guyana francesa es un vasto país que se extiende del 2º al 6º grado de latitud Norte sobre un litoral de 140 leguas, y que limitan al Norte el río Maroni que la separa de la Guyana holandesa, al Este el Atlántico, al Oeste el Perú, y al Sur el río de las Amazonas, á cuya otra parte se extiende el imperio del Brasil.

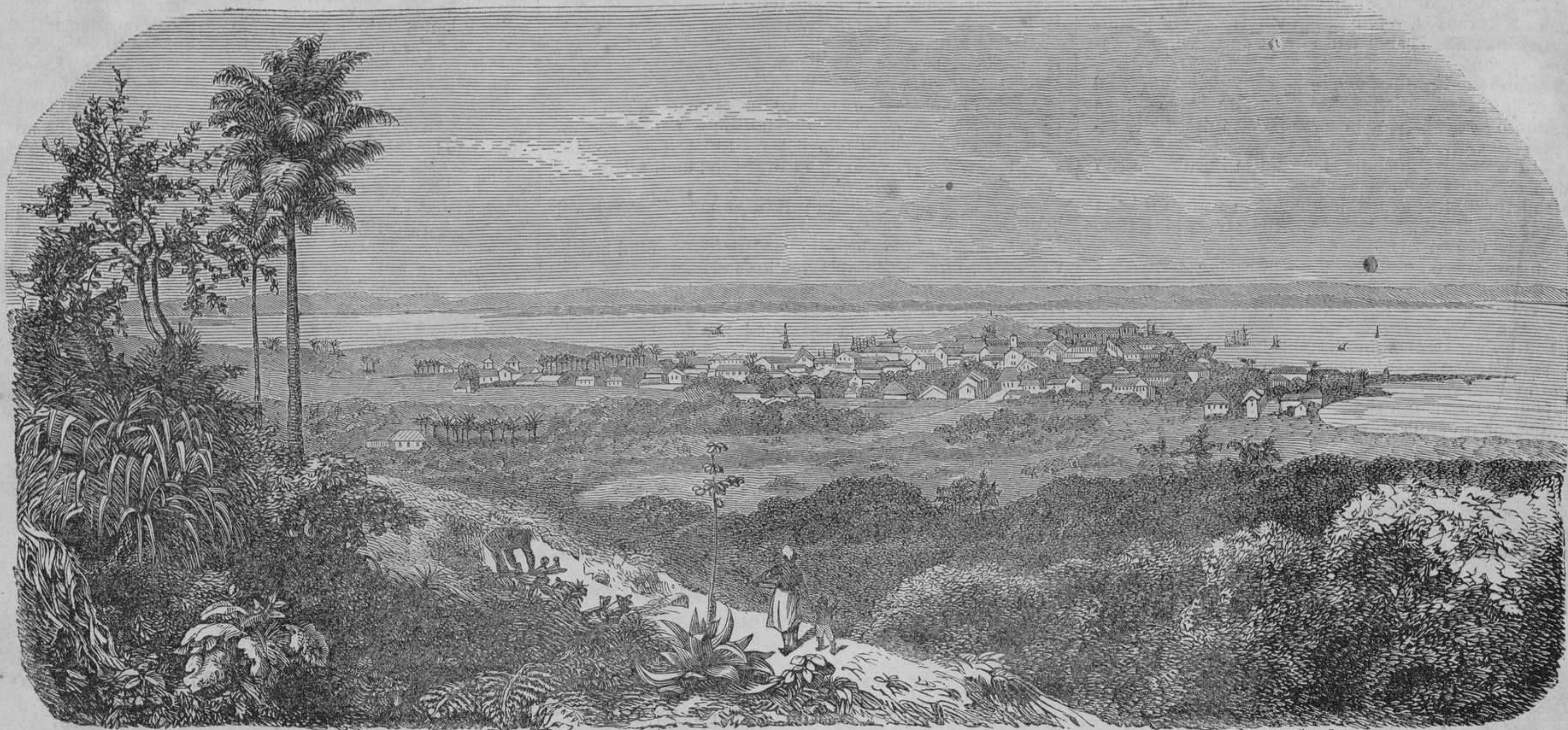
En 1498 Cristóbal Colón visitó la Guyana por primera vez. Mas de un siglo trascurrió antes de que se pensara en fundar allí ningún establecimiento, y solo en 1626 algunos franceses se fijaron en las márgenes del río Sinnamary. Ocho años después acudieron nuevos colonos, y juntos comenzaron á cultivar la costa de Remire, y fundaron en la embocadura del río de Cayena la ciudad que ha llegado á ser la capital de la Guyana francesa.

Esa posesión ofrece al cultivo y al comercio grandes recursos, de los que se ha sacado poco partido. Malte-Brun se pronuncia categóricamente sobre las causas de esta falta. «La ignorancia, dice, tan comun en los hombres de Estado franceses, la presunción, compañera de la ignorancia, y en fin, la fuerza combinada de la intriga y de la rutina, han encadenado siempre á los hombres ilustrados y emprendedores que propusieron medios eficaces para sacar á esa colonia de su larga infancia.»

En 1761 siendo M. de Choiseul primer ministro, se formó en Francia una sociedad aristocrática para la colonización de la Guyana. Tratábase de trasportar allí el cultivo en grande y la constitución feudal de la propiedad que prevalecía á la sazón en Francia.

M. de Choiseul y M. de Praslin se hallaban á la cabeza de la empresa que debían pagar los subsidios del Estado, y bajo su noble bandera se habían alistado muchos nobles arruinados, marqueses, caballeros mesterosos, y hasta condesas y baronesas impelidas á la emigración por los rigores del juego, todos soñando con tierras, haciendas, palacios y vasallos de todos colores, y prometiéndose restaurar su blason en poco tiempo.

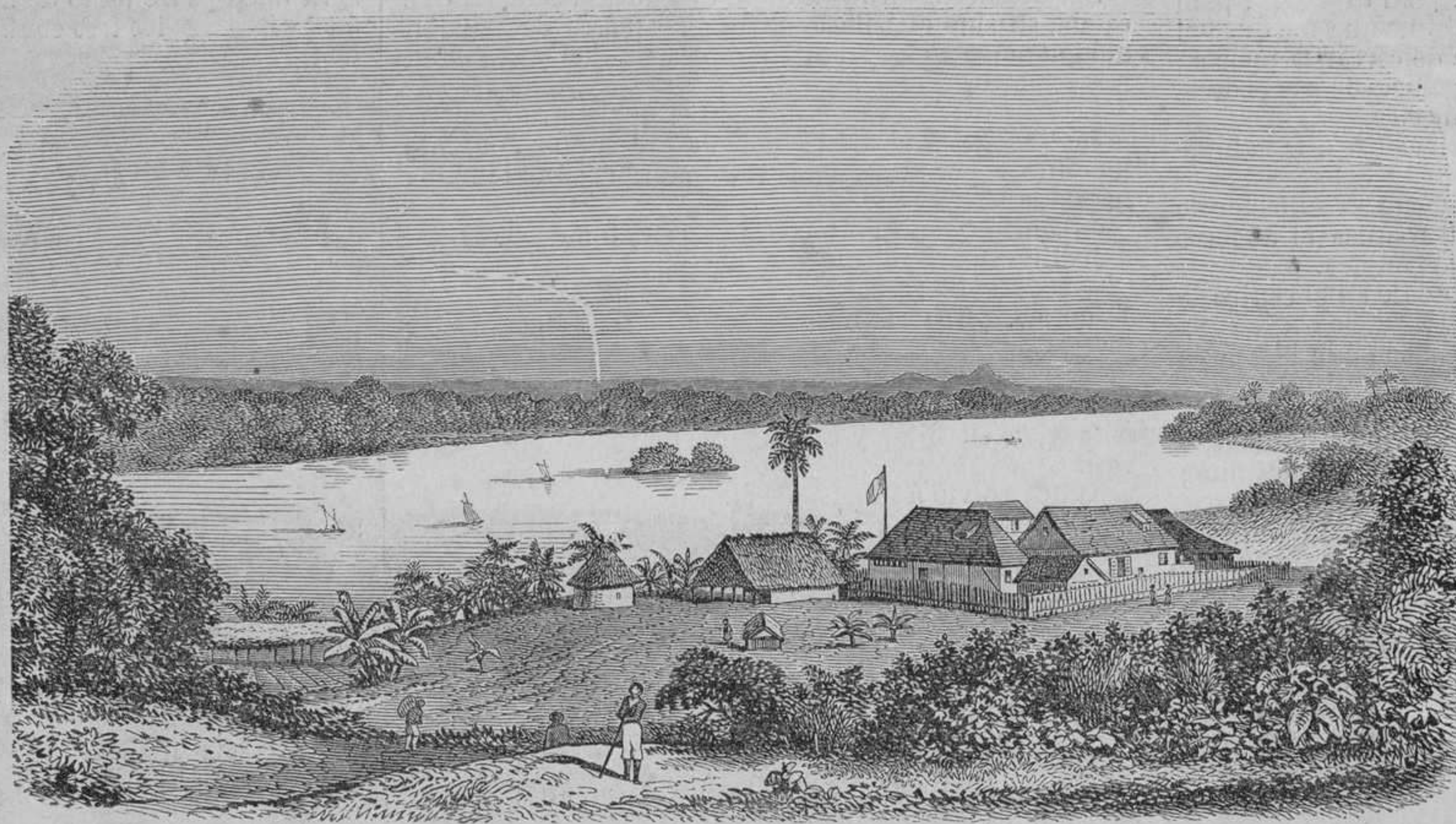
Para esto no había más que atravesar el Atlántico, un viaje de cuatro ó cinco semanas. A fin de suministrar un ejército á este cuadro de estado mayor, reclutaron en las calles de París diez ó doce mil aventureros hambrientos, y enviaron á toda esa gente en busca de los tesoros imaginados. Para formarse una idea del grado de ignorancia crasa que presidió á los preparativos de tan loca expedición, nos bastará decir que en el número de objetos de cambio, de utilidad ó de lujo que llevaban los emigrantes, había una cantidad considerable de *patines* y de *cascanueces*; el hecho se encuentra atestigüado en todas las memorias de la época. Marchaba á bordo una compañía de cómicos, una orquesta completa y un surtido de niñas; de esta manera iban con el violín en la mano á colonizar un nuevo mundo.



VISTA GENERAL DE CAYENA, TOMADA DE LA MONTAÑA MONTABO.

Cuando desembarcaron, segun el programa, en la lengua de tierra comprendida entre el mar y la orilla izquierda del Kuru (de donde proviene el nombre de la expedicion), es mas fácil imaginar que pintar la estupefaccion de aquellos alegres emigrantes, de aquellos marqueses empolvados y aquellas matronas con vestido de cola; se hallaron en medio de una naturaleza completamente inculta, y en vano buscaban sus tierras, sus vastos campos de cañas de azúcar, sus cafetales y sus siervos.

El hambre, la nostalgia y el desorden vinieron á introducirse entre ellos, y en breve se declaró una epidemia que costó la vida á mas de diez mil individuos. Entre tanto M. de Chanvalon, uno de los pro-



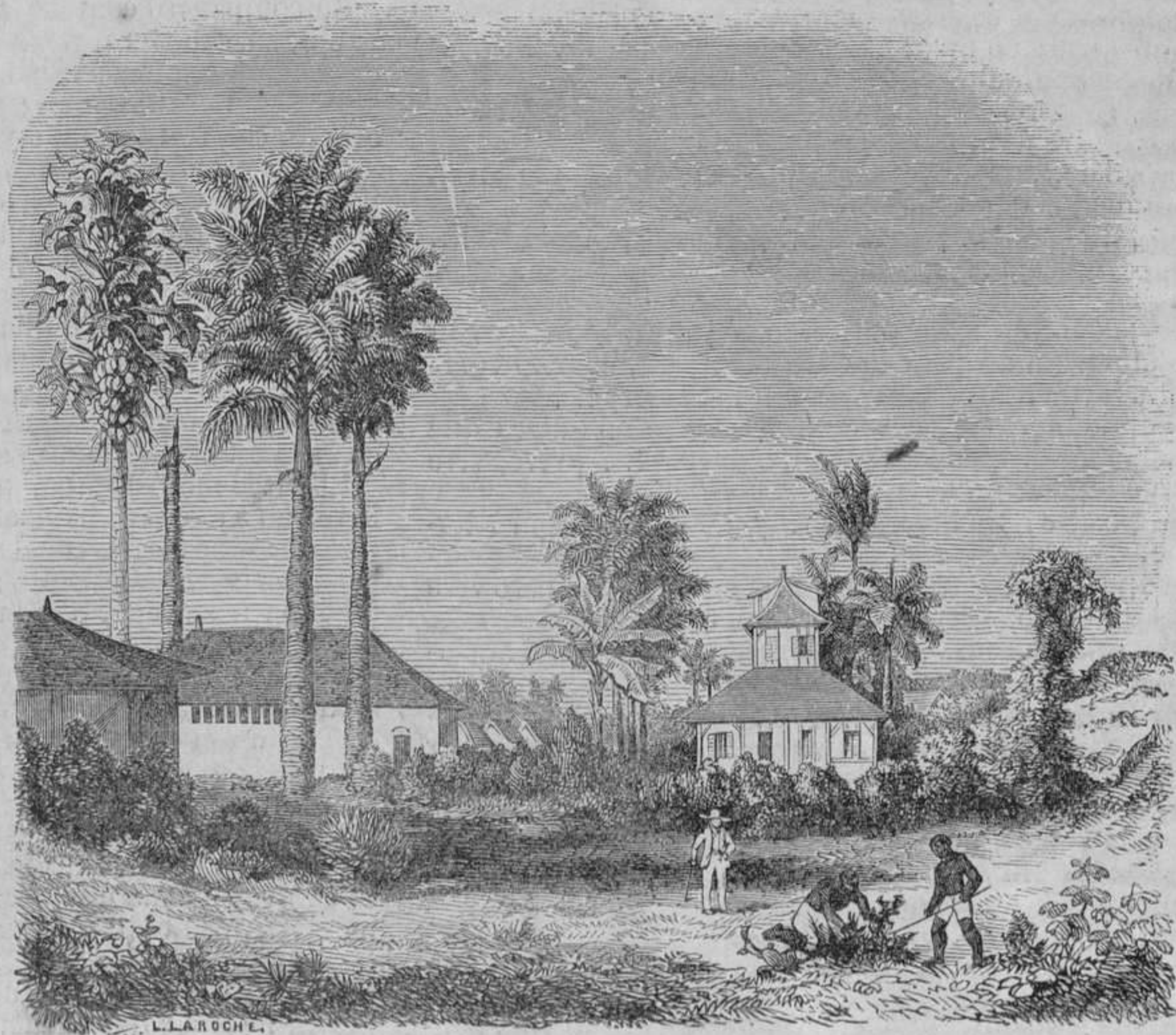
EL PUERTO MALONET Y EL RIO DE OYAPOCK.

motores de la expedicion, representaba comedias en un convento de jesuitas donde habia establecido su domicilio. Cuando por fin cayó el telon sobre ese lúgubre sainete, apenas unos trescientos comparsas habian sobrevivido á sus compañeros de infortunio, y ese gran desastre costaba treinta y tres millones á la Francia. Fué el primer golpe contra la colonia de Cayena.

A consecuencia de los sucesos del 18° fructidor se mandó á las soledades de la Guyana una porcion de condenados políticos, entre los cuales hubo muchos que no volvieron á pisar el suelo patrio. De la muerte rápida de estos infelices se sacó un nuevo argumento, mas terrible aun que de la expedicion del Kuru contra el



HABITACION MALONET.



HABITACION LLAMADA DEL RECURSO.

clima de Cayena. El autor de una reciente Memoria sobre Cayena, que tenemos á la vista, hace observar con fundamento que esa mortandad se halló fuera de todas las proporciones ordinarias, lo que demuestra tambien por otra parte la posicion cruel de aquellos hombres de edad avanzada, heridos en su partido, arrancados del hogar doméstico, sometidos á todo género de privaciones y reunidos en un desierto bajo un cielo tropical, sin ninguno de los objetos ni comodidades que exige el clima. En tales condiciones es fácil comprender que el menor accidente en la salud es una causa mortal.

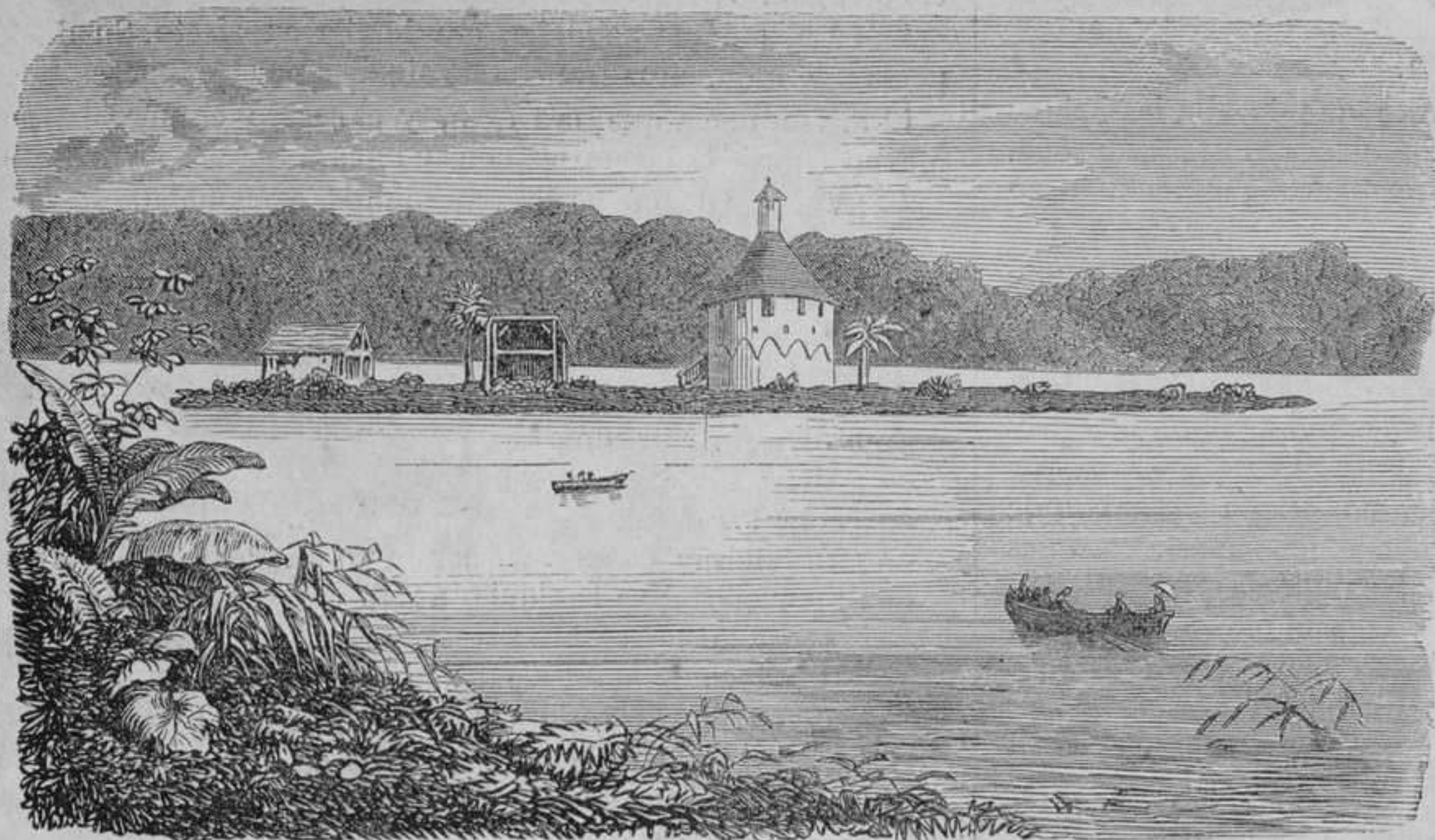
En igualdad de circunstancias deben producirse infaliblemente los mismos



CULBARY, ALDEA DE INDIOS GALIBIS, EN EL RIO DE MANA.

resultados. Pero en lo que toca á los presidios la cuestion es distinta, y basta que el clima de esa colonia no presente gérmenes mórbidos particulares, para que sin chocar con las leyes de la justicia y de la humanidad, se puedan depositar ahí esos hombres peligrosos que solo dejan en Francia una vida de oprobio y de miseria.

En resumen, no parece que Cayena sea esencialmente menos sana que otras posesiones tropicales de los franceses. Es cierto que la temperatura media es bastante elevada (de 26 á 28 grados centígrados); pero la igualdad de los dias y las noches y el viento de Este que invariablemente reina allí de dia, mitigan y neutralizan los efectos de ese gran calor.



PUERTO DE CASFESOCA.



CASCADA DE CASFESOCA.

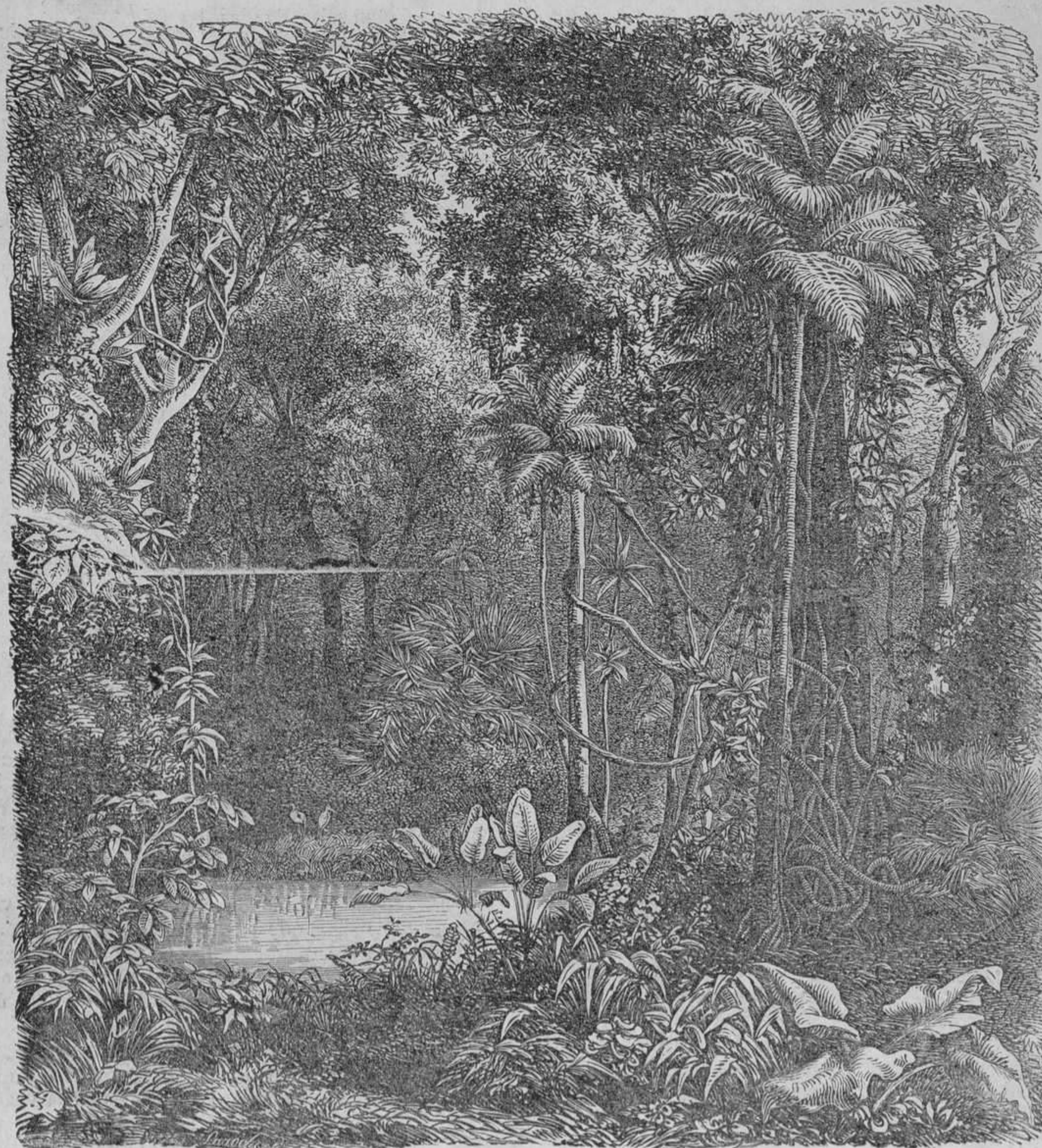
Un cirujano de marina, M. E. Viaud, autor de los dibujos que acompañan á este artículo, que ha residido cerca de cuatro años en la Guyana, declara que las enfermedades mortales son muy raras; que los cólicos secos y la disenteria no presentan carácter alarmante; que las fiebres perniciosas, en corto número, se curan fácilmente por los prácticos, y que en cuanto á las calenturas intermitentes, mas numerosas, no tienen gravedad; á mayor abundamiento, si faltara la quina, la Guyana puede suplirla con muchos febrífugos dotados de propiedades energicas. La fiebre amarilla solo se presentó dos veces en este siglo, en 1804 y en 1850, llevada la primera vez por un buque americano, y la segunda por un buque francés procedente de Para.

La Guyana está bañada por doce ó quince rios navegables, á cuyo beneficio puede establecer comunicaciones fáciles con el Brasil y el Perú, sus límites, y desarrollar su comercio, y por consiguiente su produccion interior.

La fertilidad de la Guyana es igual, si no superior, á la de las mas ricas regiones intertropicales. Se dan allí con la caña de azúcar, en mucha abundancia, los artículos de la India y de la China, del Senegal, de la Guinea y de la Arabia. En selvas vírgenes se encuentran las esencias mas preciosas, perfumes, gomas, resinas y plantas medicinales.

Pasemos revista á los tres reinos.

La Guyana francesa, dice M. Dumonteil, produce lo mas pesado y lo mas ligero, lo mas blando y lo mas duro que se



UNA SELVA VIRGEN EN LA GUYANA.

puede hallar en maderas. — Si se quisiera, dice Lescalier, reservar para la marina un canton desocupado de la Guyana, podría abastecerse allí á precios inferiores á los de Europa, de maderas que durarian cinco veces mas que las que hoy se gastan.

Segun el informe de la comision encargada en 1823 de examinar los bosques de la Guyana, se hallan en este pais quince especies mas pesadas que la encina y que pueden servir para las partes inferiores de un buque; treinta y dos especies de un peso igual al de la encina y muy propias para la obra viva; veinte y nueve especies de un peso igual al del abeto y propias para la construccion de la obra muerta.

La Guyana puede ofrecer á la ebanisteria el bocco, la madera violeta, el ébano negro y verde, todas las variedades de caoba, de moatuches, de madera satinada y de madera de letras, impropriamente llamada madera de la China, puesto que solo crece en la Guyana.

Entre las plantas alimenticias de esa colonia hay que citar el yuca, el tapioca, el maiz, la batata, el arroz que llega á su madurez tres veces en un año y en la misma tierra, y casi todas las legumbres de Europa.

La viña se da bien en Cayena, y aun se hacen buenos vinos, segun el ingeniero Bellin que visitó la colonia en 1763, y segun el caballero de Larue, uno de los deportados de fructidor. En cuanto al trigo, dice el mismo desterrado, sube hasta doce piés en mes y medio, pero no da espigas. La talla, operacion que se practica á menudo en los campos del territorio fran-

cós, y que consiste en dejar pastar rápidamente á un rebaño haciéndole atravesar los campos en febrero ó en marzo, remediaria sin duda este defecto. También convendría sembrar el trigo en tierra alta y preferir la especie llamada *victoria*. Esta es la opinión del naturalista Schomburgk, que cita en apoyo de su parecer la perfecta aclimatación de esa especie de trigo en la Barbada y en la Jamaica.

Las frutas principales que produce la Guyana son el coco, la naranja, el maguay, el zapote, el albaricoque, la piña, etc., etc.

En Cayena, según el testimonio del caballero Larue, el azúcar es de un grano mas grueso y mejor cristalizado que el de ninguna otra colonia intertropical. El clavo puede cosecharse en abundancia, y es de una calidad superior al de las islas de Asia. El café de Cayena viene despues del de Moka. El cacao es de una calidad excelente, y solo por el modo vicioso que tienen de secarle en segundo término. El cauce superior del Oyapock presenta en sus orillas bosques enteros de árboles de cacao. El algodón de Cayena es suave y blando y de un blanco muy hermoso. El achiote de la Guyana es de una calidad superior reconocida en todo el mundo. El añil es tan indígena en la Guyana, que la planta se considera en muchas localidades como una mala yerba que es imposible destruir una vez que ha echado raíces. Sin embargo, no se fabrica añil en Cayena, en tanto que los ingleses que fueron tributarios en otro tiempo por este artículo de la Francia y de la España, vendían ya á la Europa en 1815 por 50 millones. La canela de Cayena se estima tanto como la de Ceilan. La vainilla crece con facilidad; y por último se encuentran tambien el árbol del caucho, todas las variedades de palmeras y un crecido número de plantas medicinales.

Los colonos nada tienen que temer en la Guyana de las tribus indias establecidas en las selvas mas recónditas del país, y que son de todo punto inofensivas; únicamente deben inspirar temor los animales dañinos. Por lo demás, las razas de estos que son poco numerosas, huyen delante del hombre, á menos que el animal no esté herido ó irritado. Se encuentran allí el león de América, ó león sin melena, designado comunmente con el nombre de *tigre rojo de Cayena*, algunos jaguares y reptiles venenosos. También hay muchos insectos parásitos que pululan allí en crecido número como en todos los climas cálidos.

En cambio abundan en la Guyana las especies de animales pacíficos y de alimentación. Las costas y los rios abundan en peces exquisitos, la mayor parte de ellos desconocidos en Europa. Únicamente escasea el ganado vacuno y lanar; pero esta falta debe atribuirse á la pereza de los hombres, no á la naturaleza que ha dado á ese territorio los pastos mas espléndidos. «La Guyana, escribía en 1775 el ordenador de Lacroix, está llena en toda su extensión, sobre todo en la parte del Oeste, de llanuras ó prados naturales, cortados de rios y arroyuelos con bosquecillos donde se guarece el ganado del calor.» Los bueyes que pastan allí, dice M. Viaud, son muy hermosos y de una carne exquisita. Entre el Mappa y el Oyapock hay prados de una fertilidad sorprendente, donde se podrian criar millones de bueyes y de caballos. Y sin embargo el ganado escasea.

Para completar esta enumeración, diremos cuatro palabras del reino mineral, que no le cede en nada á los otros dos. En Guyana se encuentran tierras propias para hacer ladrillos, tejas y alfarería, y hay tambien abundantes minas de hierro. Hay tambien manganeso, bancos de caolin y ese hermoso cristal de roca designado con el nombre de diamante de *Sinnamary*, y bien conocido en el comercio. En 1700 el marqués de Fenol que habia sido gobernador de la Guyana, trajo á Paris dos quintales de mineral de plata extraídos de una montaña situada á ochenta leguas de Cayena.

En resumen, la Guyana francesa no es inferior bajo ningún punto de vista á las dos Guyanas inglesa y holandesa que están muy florecientes, en tanto que la primera no ha cesado de decaer. El gobierno actual, como hemos dicho ya á nuestros lectores, ha fijado la vista en Cayena para convertirla en lugar de deportación de los criminales condenados á presidio. Veremos si bajo el nuevo régimen prospera ese rico país, aunque es tradicional la poca aptitud de los franceses para fundar colonias florecientes.

— En la página 112 damos una vista de las islas del *Salut* en la Guyana francesa, que no ha podido tener cabida entre los dibujos que acompañan á este artículo.

Revista de Paris.

El duque de N... tenía mas de sesenta años y era soltero. Sus dos sobrinos Carlos y Raimundo se consideraban ya como herederos del duque, y pensaban en repartirse sus cuantiosos bienes, cuando ese tío desnaturalizado se encontró con una joven pobre, pero llena de gracia y de virtudes, y se casó con ella.

Al cabo de algunos años de una union que fué muy dichosa, el marqués falleció sin haber tenido hijos.

Por su testamento dejó heredera única á su señora.

Los dos sobrinos que habian saludado con mil maldiciones la boda del duque y habian huido de Paris por no asistir á ella, maldecían mas aun á la advenediza que les despojaba de aquella codiciada fortuna.

Pero de repente un periódico les anunció que la duquesa

de N..., joven viuda de veinte y cinco años, habia perecido en una excursión por las montañas de los Alpes.

Debemos confesar que el suceso no les causó ninguna tristeza; al contrario, se regocijaron con tanto mas motivo cuanto que el escribano de la familia puso en su conocimiento que la viuda habia testado en su favor.

Nuestros jóvenes, locos de alegría, salen pues de Paris y acuden al lugar en donde debían tomar posesión de su fortuna.

El mayordomo de la difunta les recibe con mil atenciones. Este mayordomo estaba casado y tenía una hija hechicera llamada Regina, hermana de leche de la duquesa, que se habia criado con ella, y por consiguiente poseía una educación esmerada.

Carlos y Raimundo hacen la corte á Regina, cada cual á su modo. Carlos era pintor y se declara con un fuego artístico. Raimundo era militar y manifiesta sus intenciones redondamente.

Ya se iba á proceder á la repartición de las haciendas cuando llega una horrible noticia: la duquesa no ha muerto y está para regresar de un momento á otro.

— ¿Qué hacemos? pregunta Carlos.

— No hay mas que una cosa que hacer, responde Raimundo, volvemos á Paris.

— Con efecto, parece lo regular; no obstante, se me ocurre una idea...

— ¿Una idea!

— Sí, hagamos la corte á la viuda.

— ¿Los dos?

— ¿Porqué no? El que se la lleve se compromete á ayudar al otro.

— Me place, convenido.

Y los jóvenes entran en campaña.

La duquesa no se parecía al retrato que de ella les habian hecho: es una mujer de un físico pasable, pero mal educada, sin gusto en el vestir, de modales ordinarios, una mujer comun bajo todos conceptos.

Dicho se está que su presencia no sedujo á los dos campeones, pero era preciso llevar adelante la empresa. Raimundo se hizo el remolón y volvió á Regina; cuanto mas la veía, mas le gustaba, le parecía mas duquesa que la misma duquesa, y sentía que estaba á punto de enamorarse de ella profundamente.

Pero Regina, muchacha virtuosa, no estaba en ánimo de prestarse á ninguna intriga. El militar lo conoce así, y apenas vió rechazado su amor, se decidió y la pidió su mano.

— Es de Vd., responde Regina, y con mi mano tendrá Vd. la fortuna de su tío.

Regina era en efecto la duquesa; habia deseado no privar enteramente á sus sobrinos de la fortuna de su tío, y habia pensado en casarse con uno de los dos, si es que le parecía digno de ella.

Raimundo es hoy su marido, y con una pensión vitalicia muy decente consuela al artista de haber hecho el amor á una mujer cualquiera que se prestó á representar el papel de la viuda.

Para esto de representar papeles se pintan solas algunas mujeres. Hé aquí un lance de alta comedia femenina.

Una joven de diez y ocho años á quien llamaremos Adelaida quería casarse con un hombre que no convenia á su familia, y habiendo agotado ya en vano todos los recursos para inclinar á los padres en favor de la boda, imaginó un expediente magnífico.

Un hombre, el padre de Adelaida, en el colmo de la desesperación, se presentaba la otra noche á las doce y media en casa de un médico famoso.

— Por Dios, decía al facultativo, haga Vd. el favor de venir conmigo, mi hija se muere.

A tales horas los médicos suelen hacerse de rogar, sobre todo cuando no les parece que el caso es muy urgente; nuestro doctor, dispuesto siempre á sacrificarse por los enfermos, quiso sin embargo tomar algunos informes.

— ¿Y qué enfermedad tiene su hija de Vd.?

— Está envenenada.

— ¿Dianire! ¿está Vd. seguro de lo que dice?

— ¡Dios mio! ¡ojalá lo estuviera menos.

— Vamos á ver; ¿y cómo ha sido eso?

— Contrariada por causa de amores ha puesto en infusión los mixtos de una caja de fósforos, y con eso se ha envenenado.

— Entonces es verdad, debe estar de peligro; corramos, aunque mucho me temo que no lleguemos á tiempo para salvarla.

Un coche esperaba á la puerta, que llevó á los dos hombres á casa de la enferma. Esta se encontraba en su lecho y se retorcia en él lanzando gritos agudos.

El doctor se aproximó á la joven, y habiéndola considerado un instante, se convenció de que no estaba envenenada. Sin embargo, en las sábanas y en los almohadones se veían algunas manchas de la infusión fosfórica.

— ¿Qué siente Vd.? preguntó el facultativo.

La enferma dió tales indicaciones que hicieron evidente la superchería. Al imaginar la comedia de su envenenamiento no habia estudiado todos los detalles del papel; no sabia dónde debía experimentar los dolores, ni tampoco el modo de expresarlos.

Entonces el facultativo tomó un papel, escribió una receta y dijo al padre de Adelaida:

— Vaya Vd. pronto y en persona á la botica mas cercana, y tráigase Vd. este remedio.

El buen hombre se apresuró á cumplir su encargo. Esto es lo que quería el doctor, quien hallándose solo con la enferma la dijo:

— Señorita, dejando aparte los motivos que pueda Vd. tener para fingir este envenenamiento...

— ¡Caballero! interrumpió la enferma,

— Proteste Vd. como guste, yo la aseguro á Vd. que no está Vd. envenenada.

Adelaida se indignó y respondió lanzando gritos horribles.

— Vamos, señorita, quizá me he engañado yo. ¿Ha tomado Vd. la infusión de fósforos?

— Sí.

— Pues está Vd. perdida, á menos de emplear un remedio temible.

— ¿Cómo es eso?

— Cuanto mas activo es el veneno, mas enérgico debe ser el contraveneno. Su papá de Vd. volverá dentro de poco, reflexione Vd. bien en lo que dice, porque juega Vd. su vida. Repítome mi pregunta: ¿es cierto que está Vd. envenenada?

— Sí.

— Corriente; ahora sepa Vd. que no estándolo, mi contraveneno la matará á Vd. con seguridad en pocos minutos.

El padre se presentó con una botellita.

— Vamos pues á preparar la pocion, exclamó el médico.

Entonces Adelaida estiró un brazo, tocó al doctor y le dijo en voz baja:

— No he tomado ningún veneno.

El doctor habia recetado un medicamento inofensivo que suministró á la enferma, y la curó con una rapidez increíble.

Sin embargo, no desengañó al padre, y este conmovido accedió á los deseos de Adelaida, y dió su consentimiento para la boda.

Un artista de Paris que deseaba pasar dos ó tres meses en el campo, se dirigió á ver una casa desalquilada en las inmediaciones del bosque de Boulogne, que según los anuncios de los periódicos ofrecía todas las comodidades apetecibles á precio arreglado.

La casa, aunque pequeña, era bonita en efecto. Su dueño pedía mil quinientos francos de alquiler por tres meses.

El artista decía que era caro, y el casero enumeraba con mucho énfasis la hermosura de su finca.

— ¡Ya ve Vd. qué jardín tan bonito! exclamaba.

— Seguramente. No obstante, me disgusta una cosa.

— ¿Cuál es?

— Ese campo de alfalfa que está delante de la puerta; quiero mandar arrancar esa yerba y poner flores.

— No señor; me opongo; ahí vienen á jugar mis niños, y yo me divierto con ellos.

— ¡Ah! ¿Y vienen á menudo?

— Todos los domingos pasan ahí el día.

— ¿Y vendrán cuando yo habite la casa?

— Sí por cierto; se la alquilo á Vd. con esa condicion.

— Es cosa de pensarlo.

— No le incomodarán á Vd.; al contrario, es un gusto ver cómo corren por la yerba cogiendo mariposas.

El artista no creía en los atractivos de semejante espectáculo.

El casero continuó el panegirico de su casa.

— Pero aun no la he visto toda, exclamó el inquilino; no hemos subido al cuarto segundo.

— Es inútil.

— ¿Porqué?

— Porque solo hay dos cuartos y los reservo para mi hijo mayor.

— ¿Cómo! ¿vendrá á vivir conmigo?

— Pasará dos ó tres dias por semana.

— ¡Oh! En cuanto á eso...

— Los médicos le han ordenado el aire puro y las distracciones campestres.

— ¿Está enfermo?

— Está físico; pero no incomoda á nadie: suele toser mucho y nada mas.

— ¿Y esa es otra condicion que hay que aceptar para entrar en la casa?

— Sí señor.

— Corriente; si me decido escribiré á Vd.

Y el artista se decidió á no tomar una casa que le ofrecía una perspectiva tan agradable.

Los extranjeros que llegan á Paris en esta época del año, traen por lo regular un programa de las diversiones de que desean disfrutar en esta población, la mas curiosa y divertida que hay en el mundo.

Un ruso acaudalado se habia propuesto entre otras cosas dar una cena á las actrices mas lindas de Paris, y no sabia cómo realizar este artículo de su programa.

Habria deseado encontrar un agente, pero no conocía á nadie que estuviera en relaciones con las reinas del mundo teatral.

En su incertidumbre consultó á un parisiense amigo suyo que no tenia mas influencia que él entre bastidores, pero que era hombre muy sensato y le dijo:

— Los medios mas naturales son los mejores. Mande Vd. esquelas de convite á todas las damas que guste redactadas en la forma ordinaria, y eso bastará.

— Pero si no me conocen.

— Nada importa. Las actrices de cierta categoría están siempre al corriente de los extranjeros que llegan á Paris. Se ingenian para eso; estoy seguro de que saben ya quién es Vd. y todo lo que Vd. vale. Creo que ni una sola de las convidadas faltará á la cena.

Guiado por este consejo el ruso envió sus esquelas, y efectivamente todas las actrices invitadas se encontraron en la noche del 30 de julio en los salones de la fonda de Vefour que era el lugar de la cita.

En la mesa se veían veinte señoras y quince caballeros.

El banquete fué opíparo, y reinó en él la mayor alegría. Entre los postres se sacó una bandeja que acabó de poner de buen humor á las hermosas convidadas; estaba llena de sortijas y brazaletes. Despues de la cena se bailó hasta que llegó la luz del día.

MARIANO URRABIETA.

LA FERIA DE LAS VANIDADES

POR W. THACKERAY.

(Continuacion.)

— Ni deseos, es contra mis principios. Id á buscar una silla si queréis sentaros, Tinker, y hablaremos dos palabras en la cena.

Entre tanto el baron metió el tenedor en el cazo y sacó una piltrafa de carne y una cebolla; hizo un reparto escrupuloso y justo, y tomó su porción lo mismo que la Tinker.

— Miss Sharp, cuando no estoy aquí pago á Tinker un tanto por su alimento; pero cuando estoy en la ciudad come con la familia. Me alegro que no toméis nada. Y en un santiamén despacharon la cena.

Al concluir, sir Pitt Crawley se puso á fumar su pipa; como hacia muy oscuro encendió un cabo de vela de sebo, y sacando un legajo de papeles comenzó á leerlos y á ordenarlos.

— Tengo muchos pleitos encima, y esto me proporciona el gusto de viajar mañana con una bonita compañera. Miss Sharp, ¿teneis buena letra? Os emplearé cuando estemos en Crawley-la-Reina; muerta la pobre anciana, necesito una persona que me ayude.

— Buena pareja formaban, repuse la Tinker; siempre estaba riñendo con los tenderos, y en cuatro años despidió á cuarenta y ocho criados.

— ¿Era muy avara? preguntó la huérfana con sencillez.

— Para mí era una perla; me ahorraba un agente de negocios.

La conversacion continuó en este tono confidencial con gran contento de la recién llegada. Sir Pitt Crawley se descubría tal como era, y el conocerle desde luego valía algo.

Por fin se dieron las buenas noches despues de haber encargado á miss Sharp que estuviera dispuesta para el día siguiente á las cinco de la mañana.

— Esta noche la pasareis con Tinker, la dijo, tiene una cama grande, en ella murió lady Crawley. Buenas noches.

Sir Pitt se retiró, y la majestuosa Tinker con el candelero en la mano abrió la marcha subiendo anchas escaleras de piedra, atravesando salones inmensos cuyas cerraduras estaban forradas de papel, y llegó por fin al cuarto donde había fallecido lady Crawley.

El aspecto de aquella habitacion era triste y sepulcral; Rebeca sin embargo daba vueltas por el aposento con alegría. Abria los gabinetes y los armarios; pasaba revista á las horribles modas que colgaban en las paredes y á todos los objetos de tocador, mientras la Tinker rezaba sus oraciones.

— No podría dormir en esa cama sin tener la conciencia tranquila, dijo la criada.

— Contadme todo lo que sepais de lady Crawley, de sir Pitt Crawley y de todos los demás, mi querida mistress Tinker.

Peró esta no era amiga de conversaciones ociosas, y respondió á miss Sharp que la cama era para dormir y no para hablar, y en breve en el rincón donde reposaba, se oyó un ronquido formidable.

Rebeca permaneció despierta un gran rato; pensaba en el otro día, en el nuevo mundo que se abría para ella; la luz proyectaba sus últimos rayos que alumbraban por intervalos dos retratos de familia representando dos jóvenes, uno en traje de colegio y otro con el uniforme de soldado.

Al tiempo de dormirse Rebeca se preguntó con cuál de los dos debía soñar.

A las cuatro la fiel Tinker despertó á su compañera de cama, y la advirtió que se dispusiera para el viaje; luego abriendo la puerta que rechinó sobre sus goznes, se dirigió hácia Oxford-street y tomó un carruaje.

Despues... pero sin detenernos en los mil incidentes del camino, iremos en derechura á Crawley-la-Reina para ver qué tal se encuentra miss Sharp.

VIII.

CONFIDENCIAL.

MISS REBECA SHARP A MISS AMELIA SEDLEY.

Servicio de la
cámara de los Comunes.

Russel-Square, en Londres.

Mi querida Amelia: con una alegría mezclada de tristeza tomo la pluma para escribir á la amiga de mi corazón. ¡Qué cambio de ayer á hoy! Hoy estoy sola, sin amiga; ayer estaba como en mi familia, disfrutaba de la tierna intimidad de una hermana á quien siempre amaré; si, siempre.

No os hablaré de mi aflicción en la noche fatal que he pasado lejos de vos. No dejé de pensar un instante en mi querida Amelia. El cochero me llevó en el coche viejo á casa de sir Pitt Crawley. Despues de haberme tratado groseramente (¡ay! ¿qué tenía que temer insultando á la pobreza?) me dejó en poder de sir Pitt, quien me hizo pasar la noche en una cama de un aspecto siniestro, con una vieja no menos espantosa. No he cerrado los ojos.

Sir Pitt no corresponde á la idea que nos formábamos de un baron cuando leíamos novelas en Chiswick. Figuraos un anciano rechoncho, comun y sucio; fuma en una pipa asquerosa, y él mismo se hace una cena

horrible en un cazo. Habla una especie de dialecto campesino y jura como un turco.

La criada me despertó al amanecer. Tomé asiento en el fondo del coche; pero al llegar á un sitio llamado Mudbury donde nos sorprendió una lluvia muy fuerte, tuve que colocarme fuera. Sir Pitt es uno de los dueños del carruaje, y como en Mudbury se presentó un viajero pidiendo un asiento de interior, tuve que dejarle el mío y recibir la lluvia. Afortunadamente un estudiante de Cambridge me dió la hospitalidad bajo uno de sus enormes paletós.

Segun el estudiante y el mayoral sir Pitt es un hombre muy avaro, que jamás ha dado dinero á nadie. Esto me indignaba.

Un coche con cuatro hermosos caballos nos esperaba á cuatro millas de Crawley-la-Reina. Nuestra entrada en el parque del baron fué muy solemne. Una magnífica avenida que tendrá una milla de larga conduce al castillo. Al llegar á la verja de honor, cuyos pilares tienen encima una paloma y una serpiente, sostenen de las armas de los Crawley, fuimos recibidos por una mujer que nos hizo muchas reverencias mientras abría las verjas de hierro.

Sir Pitt me dijo lo siguiente:

— Una avenida de una milla que representa seis mil libras en maderas de construcción para su dueño... ¡Es muy bonito!

Había hecho subir al coche á M. Hodson, un hombre rústico con quien se puso á hablar de embargos, ventas, cultivos y arrendamientos; habían sorprendido á Sam Miles robando caza, y Pedro Bailey había entrado por fin en el hospicio de los indigentes. La conversacion fué larga y animada; pero yo me quedé en ayunas.

Delante del castillejo de Crawley-la-Reina, horrible alquería construida á la antigua y toda de ladrillos, se extiende un terrado que está en comunicacion con la sala de honor. Esta sala es bien triste. Todas las generaciones de los Crawley cuelgan de la pared, y es un museo bien curioso.

En uno de los extremos de la sala hay una escalera, y en el otro hay grandes puertas coronadas con cabezas de ciervos que conducen al billar, á la biblioteca, al salón amarillo y á los pequeños aposentos. Creo que habrá unos veinte dormitorios en el piso principal; en uno de ellos enseñan aun la cama donde durmió la reina Elisabeth.

Mis nuevas discípulas me han enseñado la casa. Las ventanas cerradas siempre contribuyen á dar un aspecto siniestro á las habitaciones.

Mi cuarto en el segundo piso comunica por una parte con el gabinete de estudios, y por la otra con los aposentos de las niñas. Luego viene el aposento de M. Pitt, el mayor de los hijos á quien llaman M. Crawley, y despues el de M. Rawdon Crawley, oficial como uno á quien conocemos; ahora está en campaña. En suma, la casa es inmensa.

Media hora despues de nuestra llegada tocaron á comer, y yo bajé con mis dos discípulas que son dos criaturas de ocho y diez años sin ninguna significacion. Todo el mundo se reunió en el saloncito donde está lady Crawley, la segunda lady Crawley, la madre de mis discípulas. Es hija de un quincallero, y de soltera pasaba por un buen partido. Se acuerda de que ha sido hermosa y no cesa de deplorar su belleza perdida; es pálida y delgada, tiene los hombros altos, y el hablar la cuesta un trabajo grande.

Su hijo político M. Crawley estaba tambien en el cuarto, vestido con distincion, pero tiene un aire demasiado solemne. Figuraos un hombre raquítico, feo, silencioso, con piernas como palillos de tambor, patillas color de heno oscuro y pelo amarillo claro; en fin, es la imágen viva de su madre cuyo retrato está sobre la chimenea, la bienaventurada Griselda de la noble casa de Biukic.

— Hé aquí la nueva institutriz, M. Crawley, dijo lady Crawley tomándome de la mano, es miss Sharp.

— ¡Oh! exclamó M. Crawley.

Y haciéndome una inclinacion de cabeza, continuó leyendo un folleto que tenía en la mano.

— Reclamo vuestra indulgencia para mis niñas, me dijo lady Crawley con ojos encarnados y siempre lacrimosos.

A la primera ojeada conocí que esa señora no era de temer.

Un criado vestido de negro y con unas chorreras inmensas anunció la comida.

Tomando al punto el brazo de M. Crawley, ella abrió la marcha hácia el comedor, y yo la seguí llevando á las niñas de la mano.

Sir Pitt nos esperaba. El aparador estaba cubierto de plata muy brillante y de adornos de oro y plata. Todo el servicio de mesa era tambien de plata. Dos lacayos de pelo rojo y con librea de color de canario estaban inmóviles á los lados del aparador.

La comida fué ceremoniosa. Sir Pitt habló algunas palabras con Horrocks preguntándole cuándo y cómo había matado el exquisito carnero que sacaron á la mesa.

Al concluir pusieron una cafetera de agua caliente delante de sir Pitt con un frasquito de row Horrocks nos llenó tres copitas á mí y á las niñas y un vaso grande á milady.

Esta había sacado su labor, y las niñas comenzaron á divertirse con una baraja muy sucia. No había mas que una vela encendida, pero en un magnífico candelero de plata. Milady me propuso para distraerme que eligiera entre un volumen de sermones y un toleto

sobre la cuestion de cereales, que era el que M. Crawley leía antes de comer.

Estuvimos así una hora; al cabo se oyó un ruido de pasos.

— Esconded las cartas, hijas mías; ponedlas detrás de los libros de M. Crawley, miss Sharp.

Apenas estaban ejecutadas estas órdenes cuando penetró M. Crawley en el aposento.

— Continuaremos, dijo, el discurso de ayer, y cada una de vosotras leerá á su turno; con eso podrá oiros... miss Chart.

Las pobres niñas comenzaron á leer con mil tropiezos un largo sermón pronunciado en una capilla de Liverpool en favor de los salvajes de no sé qué país. ¡Agradable tertulia!

A las diez dieron la orden al criado de advertir á sir Pitt y á los demás de la casa para la oracion. Sir Pitt llegó el primero seguido del mayordomo Horrocks, luego vinieron los canarios, luego el criado de M. Crawley y luego otros hombres que olian á cuadra; por último, entraron cuatro mujeres, una de ellas ataviada con mucha pretension, que al arrodillarse me arrojó una mirada despreciativa.

Despues de una instruccion patética de M. Crawley, nos dieron velas y cada cual se retiró.

Buenas noches y un millón de besos.

Sábado. — Esta mañana Rosa y Violeta me presentaron al jardinero que estaba cogiendo fruta para enviarla al mercado. Le pidieron permiso para tomar un gajo de uvas en la parra, pero respondió que sir Pitt tenía contados los racimos, y que le costaría su empleo si faltaba alguno.

Mil expresiones á vuestros queridos padres. ¿Y vuestro pobre hermano se ha repuesto ya de la broma del rack-punch? Todos los hombres deberían tener mucho cuidado con los efectos de la tal bebida.

Vuestra y por siempre

REBECA.

Considerándolo bien nuestra querida Amelia no ha perdido nada en separarse de miss Sharp. Las descripciones que encierra esta carta son un tanto atrevidas y demasiado irónicas para una joven de sus años; pero nuestro querido lector recordará que esta historia se anuncia con el título de *Feria de las vanidades*, y la tal feria es una plaza donde se encuentran todas las vanidades, todas las depravaciones, todas las locuras y todas las pretensiones. El narrador tiene que decir la verdad como la sabe.

Os advierto pues, amigos míos, que os voy á contar una historia donde encontrareis las intrigas mas atroces y tenebrosas, y todo lo mas conmovedor que se ha visto en el crimen. Mis tunantes son de tomo y lomo. Cuando llegue el caso apelaremos al lenguaje florido, pero en tiempo de calma hay que estar en calma.

A medida que introduzca nuevos personajes, os pediré permiso para presentároslos. Si son buenos y virtuosos, les acordareis vuestra estimacion y un apretón de mano; si son tontos, el lector se podrá reír de ellos en sus barbas; y si son depravados... ¡oh! entonces los atacaremos con energia.

En otro caso podriais atribuirme á mí las burlas desdenosas de miss Sharp en presencia de esas prácticas de devocion que la parecen tan ridículas y su risa insolente á la vista del baron ébrio como el viejo Sileno. Lejos de eso, la risa en cuestion parte de una persona que solo respeta la opulencia, que solo admira al poderoso. Muchas personas como esta viven y prosperan en el mundo, aunque carecen de fe, de esperanza y de caridad. Las atacaremos sin tregua.

IX.

RETRATOS DE FAMILIA.

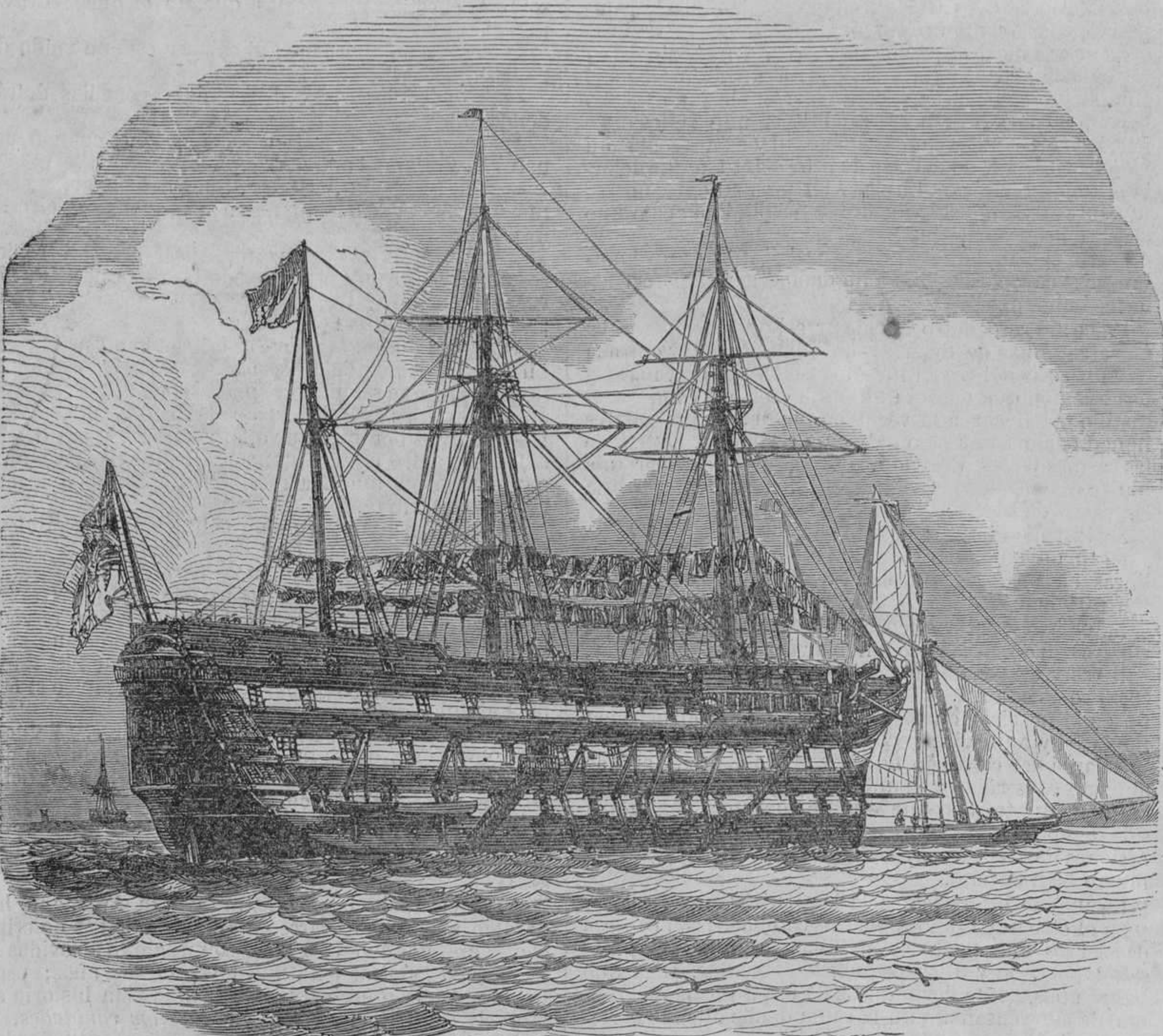
Sir Pitt Crawley era un filósofo de genio un poco alegre. Su primer matrimonio con la hija del noble Biukic había sido obra de su familia, y á menudo había repetido á lady Crawley, durante su himeneo, que era una mujer fastidiosa y altanera, y que á su muerte no tomaría otra de su raza.

Efectivamente, á su fallecimiento se casó en segundas nupcias con miss Rosa Dawson, hija de John Tomás Dawson, quinquillero de Mudbury. ¡Qué felicidad la de Rosa Dawson!

Sin embargo, hagamos el inventario de esta felicidad. Primeramente debió romper con Peter Butt, mozo sencillo que la había hecho la corte largo tiempo, y que despues se entregó al contrabando y á otros oficios por el estilo. Luego riñó con todos los amigos y todas las compañeras de su juventud, que naturalmente no podían ser recibidos por milady en Crawley-la-Reina.

Entre las personas de su categoria ninguna quería verla á ella. No podía suceder otra cosa. Todos los nobles del condado tenían hijos que contaban con el título. Sir Pitt no se acordaba ni de ellos ni de ellas. Vivía con Rosita, y satisfecho de sí mismo, le importaba muy poco todo lo demás. En aplicacion de este principio no dejaba nunca de vaciar su vaso todas las noches, de dar de palos á su mujer de tiempo en tiempo, y de abandonarla en el Hampshire en tanto que iba á Londres durante la legislatura del parlamento, sin contar un solo amigo en la capital.

(Se continuará.)



EL EXCELLENT, NAVIO ESCUELA DE LOS ARTILLEROS INGLESES EN PORTSMOUTH.

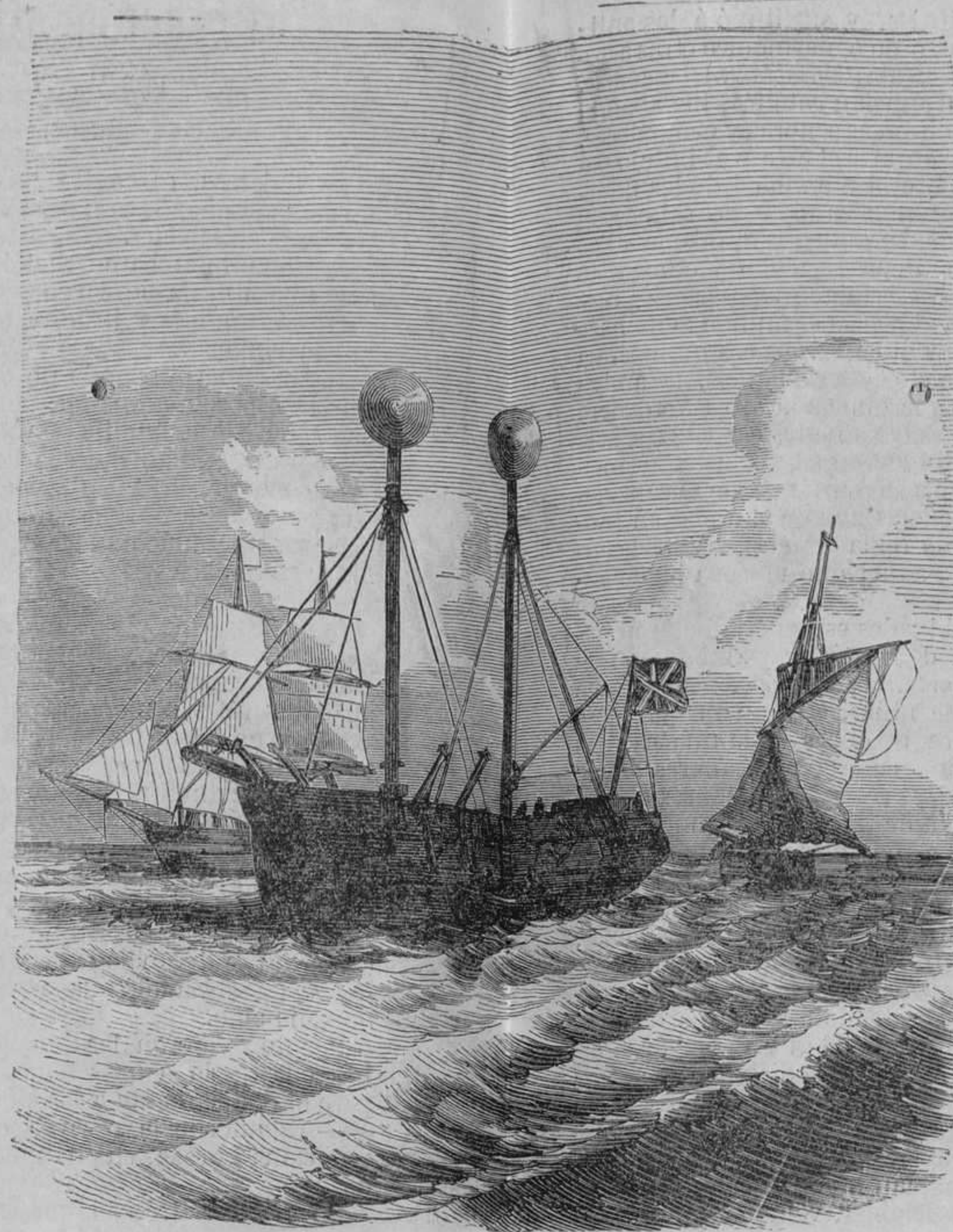
Portsmouth.

Las fiestas de Cherburgo, con motivo de la inauguración de las obras del puerto, han excitado en Inglaterra

susceptibilidades exageradas, y han servido de texto á la prensa inglesa para clamar contra el ensanche del puerto de Cherburgo, y para poner en duda la lealtad del gobierno francés. Debemos añadir sin embargo que

estas declamaciones descomediadas no han producido en el público inglés todo el efecto que se prometían sus autores. La presencia de la reina de Inglaterra en las fiestas de Cherburgo es una prueba de que la parte ilustrada de la nación británica sabe comprender las justas necesidades que han impelido al gobierno á concluir las obras. En presencia de las insinuaciones apasionadas de la prensa inglesa contra el incremento de la marina francesa, nos parece interesante señalar los esfuerzos continuos del gobierno británico para acrecentar su influencia marítima. La prueba la encontramos en las obras gigantescas que desde 1846 han venido aumentando constantemente la fuerza de los establecimientos marítimos de Inglaterra en el canal, y sobre todo los trabajos considerables que han creado en Portsmouth un gran apoyo para las flotas inglesas.

Portsmouth es el gran arsenal de la marina británica y el puerto militar más considerable del mundo. Se halla situado en el fondo de la bahía de Spithead. El puerto está formado por la isla de Portsea hoy reunida con la ciudad, y por la península opuesta. La entrada, muy estrecha, está defendida por una batería formi-

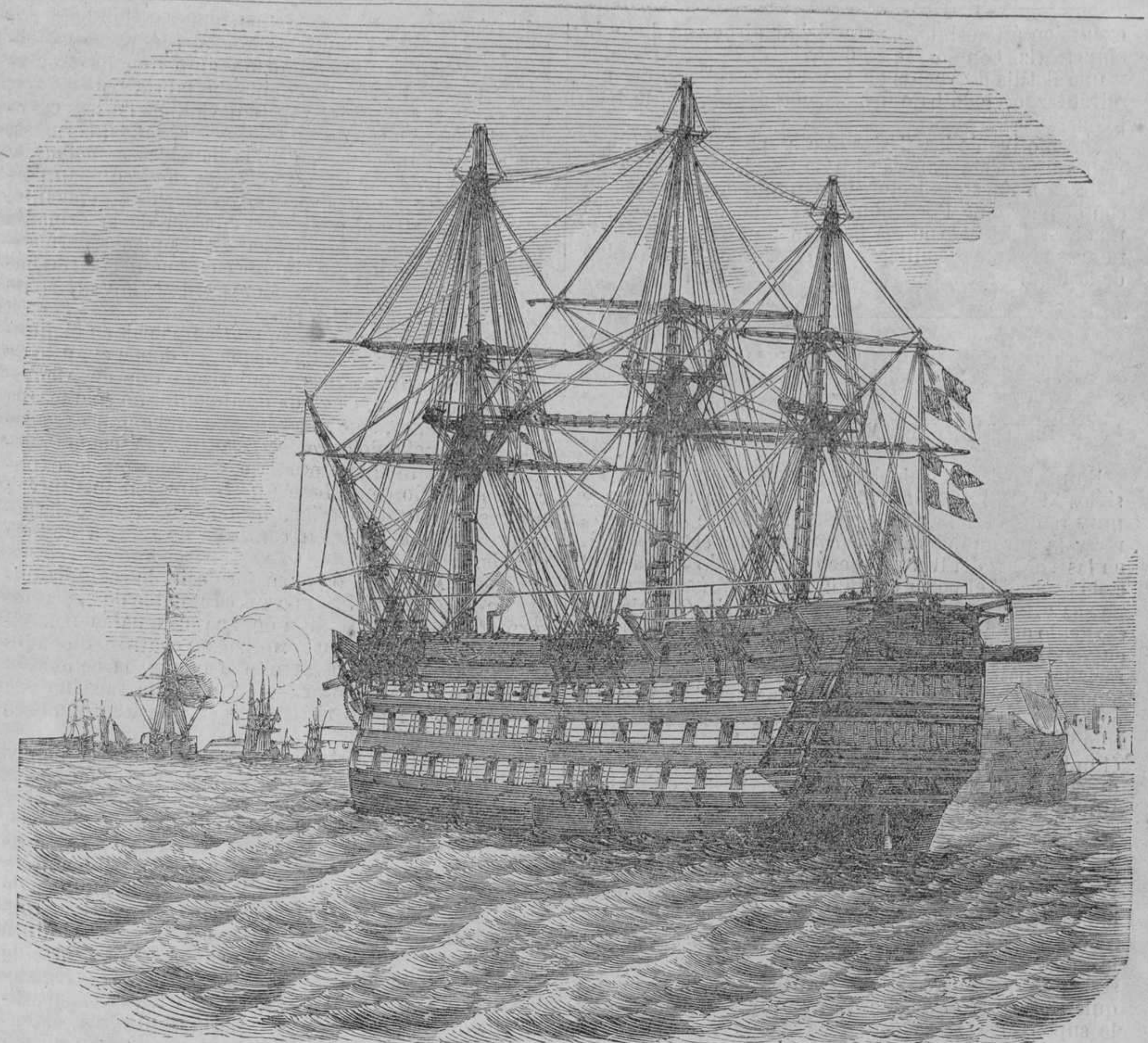


EL BOAT-GUARD-PILOT, barco de señales fondeado en los bancos á la entrada de la bahía de Spithead.

dable que ha sido levantada ú timamente para aumentar el alcance de los fuegos y por medio de las obras de fortificación que rodean la ciudad.

Portsmouth es el punto principal de reunión de las flotas inglesas. Su posición, que le pone á cubierto de todos los vientos, y sus vastas proporciones, le permiten abrigar todas las escuadras reunidas de la Gran Bretaña. En los últimos años se ha creado una dársena soberbia de cerca de 10 hectáreas de superficie para fondeadero de la flota de vapor.

La artillería de marina tiene su depósito principal en Portsmouth. Además de sus inmensos astilleros de construcción y de carena, sus almacenes y talleres, la administración ha establecido allí fraguas y fundiciones en grande escala. Las provisiones de todas clases reunidas allí son inmensas. Todos los servicios de la marina tienen en Portsmouth una dirección superior, habiendo además grandes instituciones especiales reunidas al servicio general, como ver-



EL VICTORY, antiguo buque de Nelson, hoy navio almirante en Portsmouth.

bigracia, el colegio real de la marina, la escuela de construcción naval, el hospital de la marina y el asilo real para los marinos.

La importancia de Portsmouth, que principió en el reinado

de Enrique III, ha ido siempre creciendo, y aun en el día, como hemos dicho ya, la Inglaterra se halla continuamente ocupada en aumentar la grandeza de ese puerto, y los medios de defensa que hacen inexpug-

nable esa plaza, la trinchera más sólida del poderío inglés.

En Portsmouth se ha reunido, por orden del gobierno, la escuadra que escoltará á la reina Victoria en su



EL PUERTO DE PORTSMOUTH.

excursión á Cherburgo para visitar al emperador y la emperatriz. Compónese de 6 navíos de línea, 6 fragatas y una flotilla de yachts de vapor de la reina y del almirantazgo, todo bajo las órdenes del almirante lord Lyons.

Con motivo de las fiestas que se preparan, publicaremos una vista panorámica de Cherburgo que suministrará á nuestros lectores un punto de comparación con el puerto de Portsmouth. Al mismo tiempo dará una idea del teatro de esa fiesta brillante mostrando las nuevas obras, los astilleros, los almacenes y la reunion de la flota.

L. R.

LITERATURA MUSICAL.

HISTORIA DE LA MUSICA EN ALEMANIA.

En medio de las tinieblas espesas que envuelven los siglos XI y XII de nuestra era; y cuando apartado y muy remoto estaba aun el instante en que debía aparecer la aurora del *renacimiento*, vemos elevarse allá, en las riberas del Rhin, el ser predestinado á quien el cielo concedió el poder de imprimir á la música moderna sus primeros progresos. — FRANCON de Colonia, es ese genio eminente cuyos servicios no se enaltecen hoy, cuyo nombre mismo parecen haber olvidado las generaciones posteriores (1). Muchos de nuestros lectores ignorarán acaso que tal personaje ha existido... ¡y sin embargo, es á FRANCON de Colonia á quien deben las complacencias inefables que la música les procura! Fué él quien primero echó los fundamentos del arte; fué él quien halló los diversos valores de las notas; quien instituyó la medida y el que dió signos á la division musical; fué él, por fin, quien constituyó la forma de la melodía propiamente tal, separándola de las entonaciones no mesuradas del *Canto gregoriano*.

Los trabajos de FRANCON forman una época memorable en la historia del arte. Su obra *Ars cantus mensurabilis*, y su *Compendium de Discantu* nos presentan ya la música entrando, merced á sus esfuerzos, en la posesion grandiosa que estaba llamada á ocupar. — Cualquiera que sea el mérito (y por muy eminente que se le suponga) de MARCHETTO de Padua y de JUAN DE MURIS ó de Mœurs, francés, ellos no fueron mas que los continuadores de la obra de FRANCON (2); el impulso estaba dado: el ritmo habia sido descubierto: la armonía cobraba insensiblemente mayor robustez; y los cantos, sometidos ya á una division regular, comenzaban, aunque con cierta expresion tosca, á producir buenos efectos. — El principio de todo estaba como encerrado en aquel concepto aforístico de FRANCON: *el tiempo es el alma de la música*, como el espacio es el campo de la pintura. — *Mesuremos los sonidos para expresar sentimientos*.

El progreso consiguiente al sistema de FRANCON no fué, sin embargo, tan rápido como era de desear. La música (ha dicho alguno, consignando una observacion exacta), la música ha tenido la suerte de las artes que no se perfeccionan sino con una lentitud que desespera. — En efecto, cuatro siglos trascurrieron, y en tan largo espacio de tiempo no vemos que se hiciesen adelantos satisfactorios. Los cantos populares se resentian siempre de las tonalidades del *canto llano*: los acompañamientos se hacian á la quinta y á la cuarta, y mas comunmente al *unisono*; y hasta mediados, ó mejor dicho, hasta fines del siglo XV, no fueron aquellos poco mas ó menos, sino como el coral romano (3). El arte, las grandes innovaciones que habian vivido hasta entonces como estacionarias, tomaron en esa época un desarrollo considerable. ISAAC, músico distinguido de la iglesia de San Juan en Florencia, á quien Lorenzo de Médicis apellidado el *Magnifico* honró con su amistad; ISAAC de Praga escribió varios cantos alemanes á cinco y seis voces, y muchas obras de iglesia en las cuales se hallan modulaciones regulares, fuerza y vigorosa armonía: *vigorosa*, si se atiende á la debilidad de aquellos tiempos.

Contemporáneos de Isaac de Praga, fueron MAHU, digno de ser mencionado en la historia de la música alemana por los trabajos notables que llevó á cabo, y BERNARD MURED, hábil organista de San Marcos de Venecia, el primero que imaginó añadir pedales al órgano (año de 1470). — Esta invencion debe considerarse como de la mas alta trascendencia; porque dió origen á efectos, é hizo practicables combinaciones armónicas, que eran totalmente imposibles con el juego solo de las manos (4).

(1) El padre MARTINI, en su obra *Storia della musica*, t. I, pág. 169, asienta que Francon era de Paris. — Este es un error. — El propio Francon, en su *Compendio de Discantu* que arriba hemos citado (libro que probablemente no vió Martini), dice: «Ego, Franco de Colonia, etc...» Frase tan expresiva quita todo lugar á dudas, y presenta á la Alemania como la patria de aquel sabio distinguido, cuyos trabajos han sido tan preciosos al arte.

(2) MARCHETTO de Padua y JUAN DE MURIS, canónigo de Paris, florecieron en los siglos XIII y XIV, como doscientos cincuenta y trescientos años despues de Francon. JUAN DE MURIS perfeccionó el uso del canto mesurado y evidentemente inventó la *minima*: término y valor musicales que no se encuentran usados ni una sola vez siquiera en los escritos de Francon.

(3) KIESEWETTER, *Histoire de la musique moderne*, pág. 44.

(4) La invencion de los pedales del órgano es una de las cosas que mas honran á la Alemania en sentir de Burney. — Véase la obra de este crítico titulada: *A general history of music from the earliest stages to the present period*, t. III, p. 32.

El número prodigioso de instrumentos que para entonces la industria habia inventado, concurrió poderosamente á generalizar el gusto y aumentar los progresos sólidos del arte. La Alemania fabricaba órganos, clavicórdios, espinetas, rebecs ó violines de tres cuerdas, tiorbas, violas de gamba, arpas, lauds, cornetas, cornamusas, dulcimers, flautas llamadas *alemanas*, y para todos habia artistas, y en todos se ejecutaban piezas musicales, muchas veces en concierto extravagante, pero que nutrian al pueblo en el amor de la armonía y en el placer de los acompañamientos plenos, formándolo así, para el género sinfónico en que mas tarde habian de sobresalir HAYDN, MOZART, BEETHOVEN, MENDELSSOHN, SCHNEIDER!... (1).

No habia, por cierto, en aquel tiempo pais en el mundo, sin exceptuar la Italia misma, en donde el gusto de la música estuviese mas popularizado que en Alemania. — PAULMANN, ciego de nacimiento, no solo tocaba un instrumento, sino todos los que para entonces se conocian, manejándolos *con perfeccion*!... ¡Y como PAULMANN habia muchos! prodigio que solo puede explicarse sentando como base una inclinacion instintiva: un gusto natural superior, formado y nutrido largamente por una audicion continua de música de toda especie.

El siglo XV, pues, ó por mejor decir, la segunda mitad de la centuria, fué una época notable de adelantos sorprendentes. La semilla de FRANCON habia fructificado, si bien necesitó su germinacion cuatrocientos años para asegurar en el desarrollo la fuerza, la belleza, el brillo que debia ostentar. — Harto prolija fué sin duda la elaboracion; pero fértil tambien, precioso, inmenso ha sido el resultado.

El siglo XVI, el siglo de los grandes acontecimientos históricos, tiene su carácter propio de elevacion en los fastos de la música. La *Reforma* lanzó su grito de rebelion contra el pontificado romano: lleno de audacia, quemó Lutero, en Wurtemberg, las bulas de los papas y el cuerpo del derecho canónico: la agitacion ganó los animos: el emperador Carlos V reunió la gran Dieta de Worms que debia producir resultados opuestos á los que esperaban los soberanos católicos y el gran pontífice Leon X; mas entre tanto, y bien lejos de resentirse de la influencia de sucesos tan inesperados y trascendentales, la música se vió mas floreciente: la teoría científica fué mas comprendida: el gusto se hizo mas extenso. los progresos mas sólidos, y la inteligencia misma de las combinaciones armónicas y de los secretos del contrapunto se ostentó mas sabia y poderosa. — Los reformadores fueron músicos por fortuna, y tuvieron la inspiracion de considerar la música como el primer elemento de la educacion y de la religion protestante. — Juan de Hus, rector de la universidad de Praga y el primero de los apóstoles fervientes de la *Reforma*, trabajó con esmero, por difundir el gusto musical é instituir la enseñanza del canto como un deber de la religion naciente. — En una de sus cartas escritas á SENFL de Zurich, eminente músico de su época, y á quien los coetáneos han prodigado elogios concebidos en el estilo de la mas encumbrada admiracion, le dice: «La música es un gran presente de Dios: ella es la aliada de la Divinidad. Despues de la teología, es la música lo que yo estimo mas y lo que honro con mas veneracion. Satanás es enemigo de la música, porque esta inspira los buenos sentimientos, y porque devuelve al corazon la calma y la tranquilidad que él no desea. Es menester introducir la música en las escuelas: que los niños la aprendan, cuando aprenden á conocer las letras. Los preceptores deben saberla; si no, no deben ser admitidos á la enseñanza de las nociones primarias; y en cuanto á nosotros, no debemos tampoco ordenar pastores, si no profesan la música y la cultivan con inteligencia.»

Fiel á estas ideas que todos estimaron, desde luego, como buenas y provechosas, Lutero introdujo la enseñanza de la música en las escuelas protestantes: insti-

(1) Es una observacion muy comprobada que la Alemania ha producido el mayor número de los mejores órganos y tambien los mas grandes organistas del mundo. — En efecto, cuando se nombra á KERL, FROBERGER, SCHEIDT, HAMMERSCHMIDT, REINKE, BACH, BUXTEHUDE, PACHELBEL, HANDEL, AGRICOLA, HESSE, SCHNEIDER... parece que no puede ofrecerse ya nada superior en los anales de la ciencia, del gusto y del mecanismo prodigioso del mas difícil de los instrumentos. — JUAN SEBASTIAN BACH, sobre todos, alcanzó un grado de perfeccion inimitable. Su superioridad fué tal que toda la ambicion de los que le han sucedido se limita á parecersele en algo. Ninguno ha osado rivalizarlo; la concurrencia se tiene como imposible.

En cuanto á los factores de órganos, los mas célebres de Alemania han sido:

JUAN SCHEIBE, que construyó el famoso órgano de Leipsick, de 54 juegos.

G. SILBERMAN, que construyó el excelente órgano de la catedral de Freyberg, de 45 juegos.

JOAQUIN y M. WAGNER, constructores de los órganos de la iglesia de Santa María en Berlin, y de la grande iglesia de Arnheim, compuesto este de 47 juegos, 3 teclados, pedal y 8 fuelles.

SCHRETKER, que fabricó el órgano del gran hospital de Erfurt, de 24 juegos.

GABLER, que construyó el órgano de la abadía de Weingarten, uno de los mas bellos y mas costosos instrumentos de Alemania. Tiene 76 registros efectivos, muchos de 32 pies, 4 teclados, 1 pedal.

MULLER (Cristian), autor del celebrado órgano de Harlem, en Holanda. Este instrumento tiene 3 teclados, uno de los cuales es para el grande órgano, otro para el recitado, y otro para el positivo; 1 pedal, 60 registros, uno de ellos bordon que suena los 32 pies: un doble trombon de 32 pies tambien: una bombardita: un trombon de 16 pies un contrabajo, idem, etc. Doce fuelles suministran viento á esta máquina colosal.

tuyó las músicas municipales, y sustituyó á las antiguas campanas, de sonido sordo é inarmónico otras acordadas segun los tonos de la escala (*thurnblasen*), las cuales, desempeñando su natural funcion católica, llenaban al mismo tiempo el espacio de ondas sonoras y armoniosas. — Tal fué el amor de Lutero por el arte y el influjo poderoso que le atribuía sobre la moralidad de los hombres, que hizo poner en música todos los salmos, el simbolo de la confesion de Ausbourg y el mismo «Catecismo Protestante (1).» Reproduciendo y esforzando las ideas de Juan de Hus, escribia á sus sectarios mas influyentes: «La música gobierna el mundo: ella hace á los hombres mejores, y dulcifica sus costumbres. La música es el gran consuelo de los afligidos, la amiga generosa de los pobres y la que da al alma verdadera felicidad. Yo no puedo dudar que los espíritus sensibles á la música no abriguen en su pecho el germen de todas las virtudes... La juventud debe educarse en este arte divino. Las escuelas han de abundar en profesores de canto; y como regla general, no debe considerarse buen maestro aquel que no sepa bien cantar (2).»

Tantos y tan bien combinados esfuerzos dilataron naturalmente los progresos de la música y aumentaron el cultivo provechoso del arte. Los colegios, las casas de instruccion de niños y de niñas, cualquiera que fuese su rango, tuvieron clases prácticas de la música; los soldados mismos tuvieron escuelas particulares donde aprendian á cantar, y vióse realizado entonces el mas bello pensamiento de Juan de Hus y de sus amigos. Los niños de las escuelas, los estudiantes de las universidades, las jóvenes, los domésticos, los militares, los magistrados, los príncipes... todos conocian la música: todos cantaban himnos nacionales ó religiosos, cánones, fugas sin complicacion: trozos de conjunto con acompañamiento ó sin él: melodias agradables, de una expresion sencilla pero elegante, de un carácter original que revelaba los sentimientos y el gusto popular (3).

Establecida la música, segun se ha dicho, como el primer elemento de la educacion y de la religion protestantes, debió impresionar á los alemanes desde su mas tierna infancia, desenvolviendo en unos las disposiciones musicales con que habian nacido, y creándolas en otros que, menos dotados, habian venido al mundo sin el sentimiento ni el amor del arte. — Mas todavía; los países católicos, cediendo luego al influjo de los reformados, introdujeron tambien la música en la enseñanza, y los príncipes siguieron el impulso general, contribuyendo no poco á adelantar la ciencia con su ejemplo, con su proteccion y sus larguezas (4). Fundáronse capillas en todas las capitales, y elevóse la música á un grado eminente, antes no visto.

Por ese mismo tiempo, KALWITZ, ó Calvisius, como otros le llaman, introdujo en Alemania la *solmizacion* por siete sílabas; AGRICOLA, director de música de Magdeburgo, adoptó la notacion moderna, abandonando la tablatura antigua; AICHINGER inventó el *bajo continuo*; ORLANDO introdujo los pasajes cromáticos: SENFL, el amigo de Lutero y de Melancton perfeccionó el canto coral; KENFEL propagó los aires *concertantes*: GALLUS, HASSLER, FRANK, ERBACH y GUMPELZHALMER representaron dignamente la escuela de la composicion preparando el arte á la trasformacion de la tonalidad, y RHAW en fin, artista infatigable, RHAW imprimió y multiplicó las obras de los maestros, facilitando su estudio y popularizando su conocimiento y su gusto (5).

A la grande impulsión del siglo XVI, sucedieron los trabajos pacíficos y deleitosos del siglo XVII. REINCKE es el venerable patriarca de esta época. Ochenta y ocho años consagrados al estudio de la música, á la enseñanza y al adelantamiento del arte, le merecieron entonces las mas entrañadas simpatías y le merecen hoy profundos respetos y la mas tierna gratitud (4).

(1) Esta composicion es la obra de HENRI DE GETTINGEN, y se titula: *Pequeño catecismo de Lutero, á cuatro voces*. Francfort, 1603, in 8°.

(2) Cartas de Lutero que se encuentran en sus Obras completas, tom. VIII, pág. 140; edic. de Iena. — Se encuentran tambien en la *Biblioteca musical* de Mitzler, tom. I, pág. 50.

(3) Calvino halló la música de Lutero muy adornada y agradable; y llevando al extremo la austeridad musical, le quitó el ritmo, el acento, la medida, la armonía, y no dejó mas que el *uni uno* sin siquiera acompañamiento de órgano ni de otro instrumento alguno. «Calvino, dice Burney, el sombrío Calvino, el severo, el inflexible Calvino, profesaba doctrinas tan rígidas y tan desnudas de consuelo, que parece no haber pensado en reformar los monasterios particulares, sino para hacer una gran cartuja del género humano. — Calvino privó de la música á sus religionarios.» (BURNAY, *A general history of music*, tom. III, pág. 39.)

(4) Para que se vea como, á porfía, los soberanos de aquella época se esmeraban en proteger la música y distinguir á sus profesores, recordaremos solo el ejemplo de ORLANDO DI LASSO, á quien Alberto V de Baviera, llamado el *Generoso*, honró con un panegirico, viviendo en su misma corte el artista elogiado. — Es la primera vez, y acaso la única, que se ha visto á un soberano escribiendo el elogio de un artista. — Al mismo Orlando le envió el emperador Maximiliano, desde la dieta de Spira, por un movimiento de su voluntad, el título de nobleza para él y sus descendientes; el pontífice Gregorio XIII lo hizo caballero de San Pedro, con el uso de las espaldas de oro, distincion que solo se concedia á los monarcas, y Carlos IX de Francia lo colmó de presentes cuantiosos y verdaderamente reales, tratándolo con la familiaridad de amigo.

(5) Aunque el arte de imprimir la música fué inventado en Italia por OCTAVIO PETRUCCI, de Fossombrone (Estados de la Iglesia), en 1502, luego se perfeccionó en Alemania, donde los medios mecánicos mas fáciles permitieron poner en el comercio las obras musicales en ediciones mas copiosas y baratas.

(6) REINCKE murió en Hamburgo á la edad de cien años menos tres meses.

Contemporáneos de Reincke, aunque no lograron la dicha de tan larga vida, fueron KERL y HAMMERSCHMIDT, organistas y compositores distinguidos; STENCKEN (Conrado), que fué el primero que escribió cuartetos para dos violines, alto y bajo (1); SCHUTZ, hombre dotado de un genio original y de un saber profundo; KEISSER, artista sublime; THEILES, COUSSER, TELEMANN y otros.

Fué en esta época de amenidad y de dulces emociones, que la música dramática, nacida en Italia un siglo antes, comenzó á ser conocida y gustada en Alemania. Los espectáculos músico-dramáticos tuvieron gran favor, y el genio de los artistas vió abrirse una nueva ruta que conducía por cien caminos diversos á la celebridad y á la gloria. — El poeta Martin Opitz tradujo en versos germánicos la *Dafne*, pastoral de Rinuccini, y SCHUTZ, á quien antes hemos nombrado, puso en música el poema. Este ensayo de ópera tuvo un suceso inmenso y fué representado en Dresde en 1627, con ocasión del matrimonio del landgrave de Hesse con la princesa hertiana del elector de Sajonia.

Dotados los alemanes de una grande potencia de imaginación y de entusiasmo, no tardaron en posesionarse de aquel campo riquísimo que se ofreció á la explotación de su genio. El *Oronte* de THEILES se dió en Hamburgo en 1678; y bien, en el corto espacio de tiempo que separa el ensayo de SCHUTZ de la ópera de THEILES, un solo compositor, REINHARD KEISER, escribió 116 óperas, la mayor parte de las cuales se representaron en Hamburgo, de cuyo teatro era director.

El gusto de los espectáculos líricos se hizo, como era natural, cada vez mayor, y á imitación de Hamburgo se establecieron óperas en Viena, en Berlín, en Munich, en Stuttgart, en Mannheim y en otras capitales de Alemania. — Los príncipes atrajeron á sus cortes los talentos mas célebres, y el amor del arte se elevó muchos grados mas, apareciendo ya los rasgos característicos de esa fisonomía nacional: el sentido filosófico, el gusto de la reflexión, la tendencia al infinito, cualidades que distinguen las obras de los grandes maestros alemanes.

El siglo XVIII es el siglo de los eminentes teóricos y de los mas soberbios compositores; es el siglo de la doctrina y de la inspiración, de la ciencia y del arte: de los trabajos profundos elementales y de las obras del genio mas fecundas, mas ricas de influencia y de belleza. Es el siglo de FUX, de MARPURG y de KIRNBERGER: el siglo de los BACH, de HANDEL, de HAYDN y de MOZART!...

El primero de los tres escritores didácticos que hemos mencionado, FUX, publicó en 1725 su obra *Gradus ad Parnassum*, libro verdaderamente clásico, lleno de ideas bien meditadas y escrito con un orden excelente. Este tratado ha servido de texto legal en la ciencia de la composición (2). El sistema de análisis del armonista alemán se ha encontrado tan perfecto, que todos los tratados de contra-punto y de fuga publicados posteriormente están basados sobre el mismo plan, si bien los detalles se han ido perfeccionando con las ideas modernas. — MARPURG, sabio teórico, crítico é histórico de la música, de grande y bien merecida reputación, razonó el sistema de armonía: *aplicó á la teoría de la música los elementos del cálculo de las progresiones aritmética y geométrica*, y fué el primero que comprendió el fecundo principio de la tonalidad. — J. F. KIRNBERGER, en fin, discípulo de BACH, descubrió el mecanismo de la prolongación de las notas sobre la sucesión de los acordes y las modificaciones que ellas introducen, habiendo publicado su grande obra: *Verdaderos principios concernientes al uso de la armonía* (3), que ha sido una fuente clara donde se han bebido ricos y abundantes conocimientos.

Pertenecen á la misma época, si bien figuran en menor escala, SORGE, organista de Lobenstein, matemático instruido y músico distinguido, el primer armonista alemán que conoció la necesidad de un bajo científico para los procedimientos del arte; DAUBE, músico de Wurtemberg; SCHOETER, organista de Nordhausen, hombre de instrucción vasta no solo en su arte sino tambien en las ciencias y en las letras; VOGLER, el infatigable abate Vogler, profesor de Mannheim, que buscó con mucha asiduidad, aunque sin suceso, las leyes de la creación armónica; ALBRECHTSBERGER, en fin, maestro de Beethoven, de Hummel, de Eybler, de Seyfried, de Weigl, de Krufft... uno de los mas sabios armonistas del siglo XVIII, escritor diligente y ameno, en quien el saber igualaba á la experiencia (4)!...

El siglo XVIII es la grande época de la música moderna alemana, bajo el respectó de la composición instrumental y dramática. Es en ese tiempo feliz que se descubre ya completo el cuadro del perfeccionamiento de todas las formas melódicas, armónicas y rítmicas, resultantes de la tonalidad moderna. JUAN SEBASTIAN BACH, el mas grande entre la dinastía de los Bach: el mas profundo entre los músicos de genio: el mas ilustre entre los sabios maestros de la escuela alemana, ar-

tista sublime en quien la fuerza del pensamiento llegó á desarrollarse en todo su poder, « fué una de esas maravillas, dice Fetis, que no aparecen sino de tiempo en tiempo en el mundo artístico. Bach fué el Palestrina de Alemania. Cada uno de sus talentos habria podido hacer la fortuna de un artista, y él poseyó todos los que un gran músico pueda envidiar, y los llevó al mas alto grado de elevación (1). » BACH trató todos los géneros de música con igual superioridad. Como organista, ha sido el mas hábil, el mas grande, el mas prodigioso que se haya conocido en Alemania, la patria de los organistas de primera escala. BACH fué el jefe de una escuela brillante; sus discípulos fueron todos artistas de un alto mérito. Ellos extendieron la doctrina de su sabio maestro, enseñaron por sus principios y acabaron de popularizar un estilo de composición y de ejecución, que se ha mantenido largo tiempo en el mas alto y digno aprecio. Las fugas de Juan Sebastian Bach son consideradas como la obra mas bella de su genio prodigioso; y sin embargo (debemos decirlo con asombro), ellas no son sino una parte pequeña de los infinitos títulos que este hombre célebre tiene á la admiración de la posteridad. La misa solemne en *si menor*, á dos coros y dos orquestas, y el Oratorio de la *Pasión de Jesucristo segun san Mateo*, son las composiciones mas sublimes que existen en música; admirables sobre todo por la novedad de las ideas, por el vigor de la instrumentación, y por el poder de la expresión. — De las cantatas de BACH (hay mas de 150), dice Roelitz, « los que no conocen estas composiciones profundas y sublimes no conocen á Bach. Ellas son la quintesencia del genio de aquel gran maestro; las cantatas contienen giros tan llenos de fuerza y de expresión que es imposible oírlas sin sentir el corazón movido (2). »

(Se concluirá.) FELIPE LARRAZÁBAL.

La Exposición de Limoges.

S. A. I. el príncipe Napoleón en el discurso que precedió á la distribución de recompensas entre los expositores, ha definido perfectamente el carácter de esta exposición. Hé aquí sus palabras:

« Señores,

» La ciudad de Limoges y el departamento del Alto Viena, al abrir esta Exposición, han dado al país un ejemplo que, como espero, no será perdido. Individuos encargados simplemente de atribuciones locales, dirigidos por un prefecto que en estas circunstancias ha obrado mas como primer ciudadano del departamento que como agente del poder central, han concebido la idea de realizar una empresa difícil y costosa, hacerla aceptable á sus conciudadanos y llevarla á feliz término sin mas apoyo que la opinión pública; sin mas recursos financieros que los exclusivos de una ciudad ó de un departamento. Ningun elogio será excesivo para semejante empresa. Nuestra unidad nacional, preparada durante una larga serie de siglos y establecida por la revolución, no tiene que temer en adelante la exageración del individualismo ó del espíritu local. Precisamente lejos de haber en esto el menor peligro lo encontraríamos en el excesivo desarrollo de la tendencia contraria. Con efecto, lo que debemos temer es la absorción de las fuerzas individuales por la fuerza colectiva, la sustitución del gobierno al ciudadano en todos los actos de la vida social, y la ineficacia de la iniciativa individual bajo la tutela de una exagerada centralización administrativa. Quisiera ver á los ciudadanos que dejando de contar con la intervención y los auxilios del Estado tuviesen á legitimo orgullo el bastarse á si propios, y cifrasen el buen éxito de sus empresas en su propia energía y en la fuerza de la opinión pública. Mas diré aun; si á nuestra unidad política, origen de nuestro poder, objeto de admiración y á veces de temor para nuestros vecinos, supiésemos unir esa fuerza que es el fruto natural de la espontánea cooperación de los individuos y de las asociaciones libres, nuestra patria viera realizados los grandes destinos previstos por los ilustres ciudadanos de 1789.

» Señores, la iniciativa que habeis tomado ahora, ha obtenido un feliz resultado. Los departamentos limítrofes han correspondido á vuestra invitación, y la opinión pública ha calificado perfectamente vuestra empresa titulándola *Exposición de la Francia central*. Antiguos recuerdos han cooperado á esa unión fundada en la afinidad geográfica é industrial. Al ver que han acudido á Limoges los representantes de las comarcas del centro de Francia, y de los ricos valles que de ellas dependen, se ha recordado que estas comarcas fueron en otro tiempo la cuna de la nacionalidad céltica; que en ellas se ha conservado casi agena á elementos extraños la sangre pura de los galos, y que fiel á este origen el carácter de sus habitantes ha sostenido constantemente el equilibrio entre la tradición franca del Norte y la tradición romana de Mediodía.

» El centro de Francia, representando verdaderamente un término medio no solo por su posición geográfica y por la índole de sus poblaciones, sino tambien por el carácter de su suelo que se comparte entre montes y llanuras, debia manifestarse bajo este aspecto múltiple en la Exposición de sus productos.

» El cultivo de cereales y la cría de ganados, estas dos artes que Sully llama el alimento nutritivo de la Francia, han sido dignamente representadas por los precio-

(1) En el resumen filosófico de la historia de la música que precede á la biografía universal de artistas, compositores, etc.

(2) ROELITZ, Gazeta musical de Leipsick, 5º año, p. 147.

so aperos ó aparatos agrícolas de Clermont y de Abilly y por las magníficas razas caballar y vacuna del Limosin. La industria, conocida propiamente por este nombre, ha presentado muestras no menos variadas y notables. Los preciosos tapices de Aubusson figuran al lado de las armas y cuchillos de Tulle, Thiers y Chateaufort, los hierros de Berry y de Perigord, los aceros de Saint-Seurin y los ricos espejos de Montluzon. Estas grandes industrias no han sido parte para que fijase menos la atención en otras mas modestas y no menos esenciales que tienden á mejorar la situación de las clases pobres. Tambien estas humildes industrias ocupan en vuestra Exposición un lugar digno, y contribuyen en gran parte á vuestro comercio de exportación. Todos estos productos están agrupados con mucho arte y buen gusto entre antiguos esmaltes y cerámicos modernos que ocupan en la Exposición el preferente lugar que corresponde al dueño de una casa entre sus huéspedes. El celo con que vuestros agricultores é industriales se han prestado á secundar la idea, y el anhelo que manifiestan los pueblos en admirar sus productos, revelan el impulso fecundo que se ha comunicado á vuestro país. Este progreso será cada dia mas visible á proporción que vuestra red de caminos de hierro ponga á Limoges en mas frecuente y fácil comunicación con las restantes comarcas de Francia y especialmente con las minas carbóníferas de Berri y del Aveyron.

» A la vista de estas obras admirables que transforman el territorio y modifican las condiciones de vida en los pueblos, se reproducen en mi mente las ideas que me sugirió muchas veces el espectáculo de la gran Exposición de 1855 que tuve el honor de presidir. Si la industria sustituyendo la maquinaria á los brazos del hombre, le permite levantar la frente que bajaba encorvándose para atender á un penoso trabajo, no es sino para que pueda dirigir sus miradas á mayor distancia y mas alto. Haced, señores, que una educación sólida y liberal preserve del mortal veneno del materialismo á vuestros hijos, á estas jóvenes generaciones para cuyo porvenir prodigaron su sangre nuestros padres: el bienestar no há de ser para ellos mas que un medio de ennoblecer el espíritu y emanciparle de toda sujeción: el arte, la ciencia, la filosofía no deben dejar de intervenir en este mundo industrial que sin ellas se rendiría servilmente á la materia en vez de dominarla. Haced que vuestros artesanos se eleven en cuanto quepa en su profesión á la categoría de los artistas, y que hagan lo propio los industriales con respecto á los sabios. No deben descuidar el trabajo aquellos á quienes la fortuna haya favorecido; no dejen que mengüen jamás en ellos la necesidad de los goces intelectuales, la afición á las letras y á las artes, y la elevación de sus cálculos é ideas, sin lo cual desaparecerían en breve del seno de las sociedades la vida política, religiosa y moral. Con estas condiciones solamente daremos estabilidad á las grandes creaciones de nuestro siglo. Si los goces materiales fuesen el único móvil de nuestra sociedad, no tardaria en verse sumida en las tinieblas donde han desaparecido los pueblos que han descuidado el aspecto moral de la civilización. Los anales de vuestra ciudad, señores, os ofrecen un convincente ejemplo de estas verdades. La industria de los esmaltes tan célebre en Limoges durante la edad media, y que llegó á su apogeo en la época del Renacimiento, esta industria, repito, se fundaba á la vez en el secreto de un procedimiento práctico y en una tradición artística inspirada por una fe viva y profunda. A esta tradición conservada misteriosamente en Limoges fuisteis deudores de las admirables pinturas de Leonardo Limousin y de sus discípulos, que parecen páginas arrancadas de las obras de Rafael y de Miguel Angel y reproducidas en el cobre y en el esmalte. Pues bien, desde la época del Renacimiento menguó y se debilitó sucesivamente el sentimiento que animaba á estos grandes artistas, aunque fuesen idénticos los procedimientos materiales empleados por sus sucesores. En breve desapareció á su vez el secreto industrial á fines del último siglo, no porque fuese difícil su trasmisión ó aplicación, sino porque al morir el postrero de esos artistas, nadie se dignó heredar una industria que el arte relegándole al abandono la habia hecho impotente y la habia condenado al olvido. Hé aquí cómo el hombre va perdiendo sus conquistas cuando deja de dominarlas desde las elevadas y serenas regiones en que se conservan los tipos de lo bueno, de lo bello y de lo verdadero.

» A la sazón en que voy á distribuir los premios á que os habeis hecho acreedores, y al daros gracias por la acogida que me habeis dispensado, no puedo echar en olvido, señores, que esta es la vez primera que tengo el honor de dirigir la palabra á mis conciudadanos desde que el emperador me ha encargado el ministerio de Argelia y de las Colonias. El emperador que sabe cuán gravosa es la responsabilidad política, se ha dignado con paternal bondad confiarme un cargo ageno á las luchas de los partidos; me ha impuesto la tarea de completar la obra iniciada por nuestro glorioso ejército en un territorio que ha convertido en francés regándolo con su sangre; empresa exclusivamente nacional que admite y demanda la cooperación de todos los que reconocen la obra del sufragio universal.

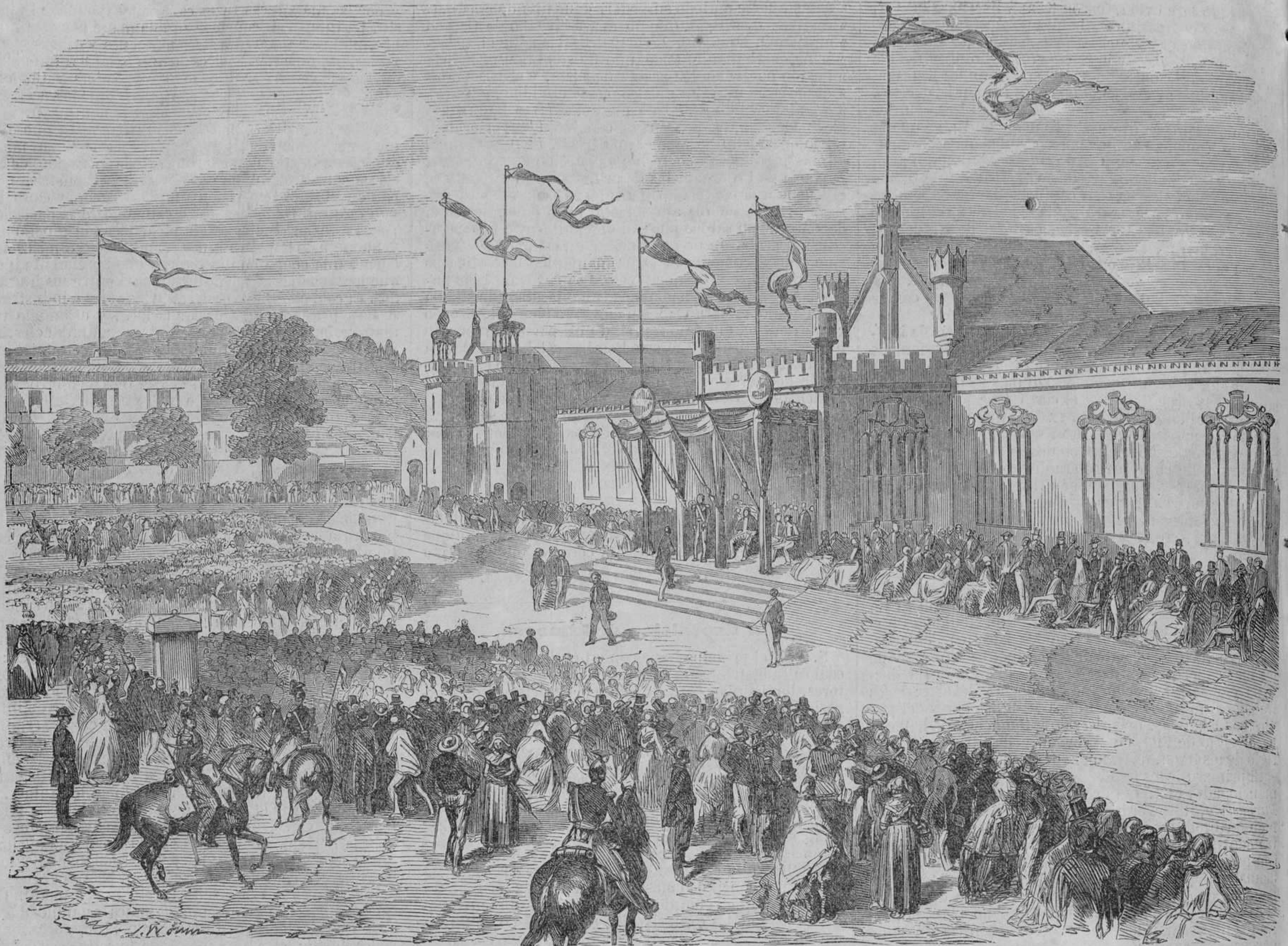
» Permitaseme pues que pregunte á los hombres, no de dónde vienen, sino á dónde van; permitaseme que eche una mirada á lo porvenir, no á lo pasado. Libre de toda preocupación podré dedicarme sin reserva á realizar los designios del emperador con respecto á la Argelia, proporcionar al trabajo libertad y seguridad, dar garantías á todos los intereses bajo la protección y no bajo la tutela de los poderes públicos con el respeto

(1) Los primeros cuartetos de STENCKEN se publicaron en Bremen en el año de 1662.

(2) La obra de FUX está traducida en casi todas las lenguas cultas.

(3) Las teorías de KIRNBERGER han sido desmenuadas y explicadas con mayor método y claridad por F. D. TURK, en su *Instrucción para el acompañamiento del bajo continuo*; obra impresa en Halle y Leipsick en 1791, y de la cual se han hecho siete ediciones.

(4) Aunque la principal gloria de ALBRECHTSBERGER es haber producido discípulos como Beethoven, Hummel, etc.; sus obras tambien son muy apreciables y revelan una instrucción sólida y extensa. La de mayor reputación, como libro elemental, es la que dió á luz en Leipsick en 1790, y tradujo CHORON bajo el título de *Méthode élémentaire de composition*, etc.; París, 1814, 2 vol. in-8º.



LA EXPOSICION DE LIMOGES. — DISTRIBUCION DE RECOMPENSAS A LOS EXPOSITORES POR EL PRINCIPE NAPOLEON.

absoluto á los derechos. Por afortunado me tendré, si despues de nuestras revoluciones y luchas civiles puedo cooperar á esta obra de pacificacion general, que haciendo comun el amor á nuestra patria, debe aunar los corazones de todos sus hijos.»

Este lenguaje que rebosa nobles sentimientos y una apreciacion justisima de la Exposicion de Limoges, produjo en el auditorio una impresion profunda, y fué saludado con aplausos unánimes.

La ceremonia de la distribucion de recompensas tuvo lugar el 13 de julio. La presidian S. A. I. el principe Napoleon y el señor ministro de Obras públicas. Un es-

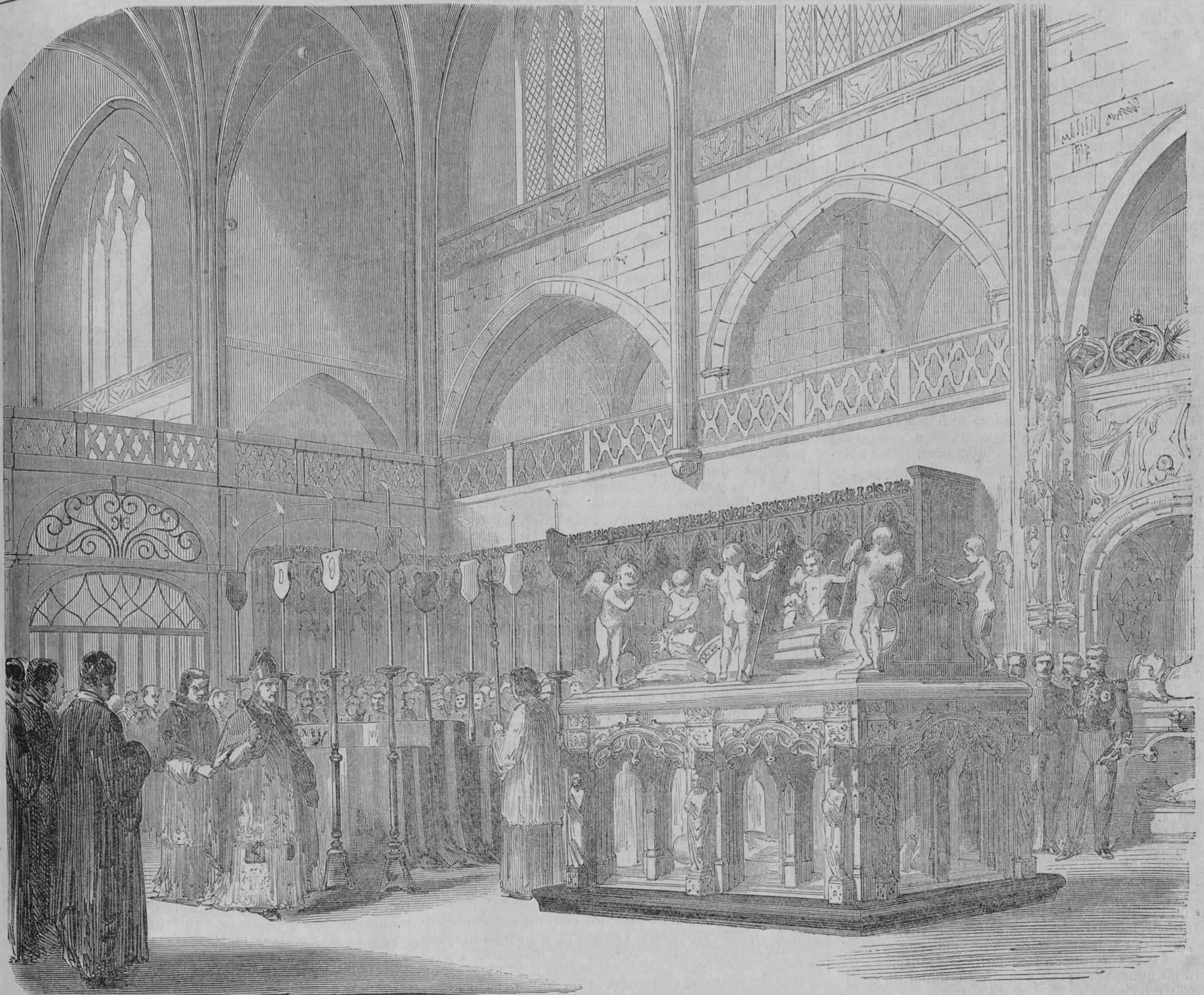
trado de honor levantado cerca de la puerta principal se hallaba reservado para los presidentes, la comision de la Exposicion y los principales funcionarios de la ciudad y del departamento. A la derecha del principe estaban el alcalde de Limoges, el arzobispo y el primer presidente del tribunal imperial; á la izquierda el prefecto del departamento y el general Cousin-Montauban, comandante de la division.

El recibimiento que la ciudad de Limoges hizo al principe fué brillante. La entrada de S. A. I. tuvo lugar con mucha pompa. Todas las clases de la sociedad salieron á su encuentro, y por todas partes fué saluda-

do con aclamaciones. Entre la muchedumbre que acudió á recibir al principe se notaba el cortejo del gremio de carniceros de Limoges, cuyos miembros, con el sombrero á la francesa y á caballo, habian reclamado el honor de dar la escolta en conformidad á los privilegios de la corporacion. Los carniceros no han querido abandonar en esta ocasion una prerogativa que compraron en otras épocas por mucho dinero; en su virtud, los carniceros de Limoges tienen el derecho de marchar á la derecha del rey y de los principes de la familia real, cuantas veces entran en su ciudad. Nada es mas difícil de desarraigar que estos privilegios inocentes.



ESCOLTA DEL GREMIO DE CARNICEROS PARA LA ENTRADA DEL PRINCIPE NAPOLEON EN LIMOGES.



SERVICIO FUNEBRE DE FILIBERTO, DE MARGARITA DE BORBON Y DE MARGARITA DE AUSTRIA, CELEBRADO EN LA IGLESIA DE BROU.

Ceremonia en la capilla de Brou.

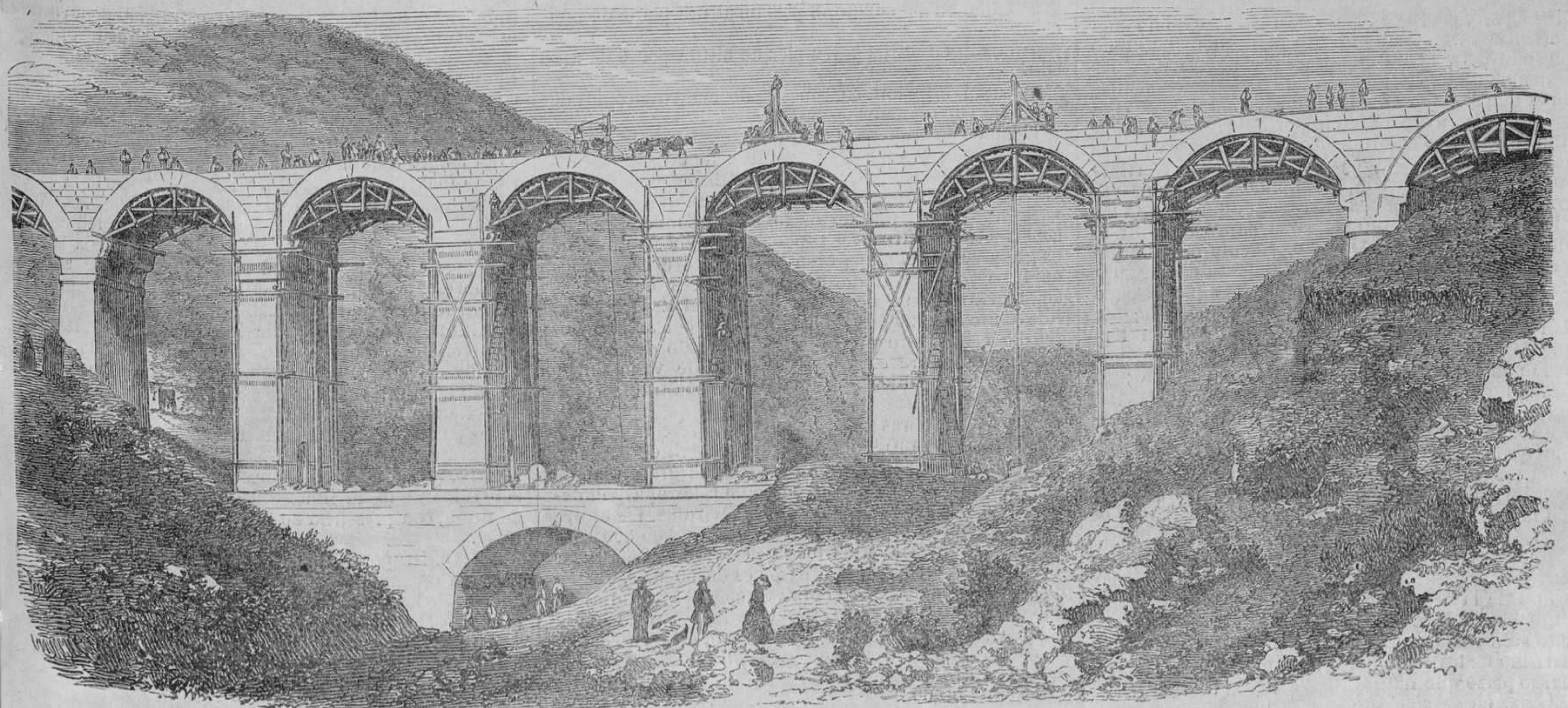
El 3 de julio último se celebraban en la iglesia de Brou los funerales del alto y poderoso señor Filiberto el Hermoso, duque de Saboya, príncipe y vicario perpetuo del santo imperio; de su madre Margarita de

Borbon y de su esposa Margarita de Austria.

Hace dos años encontraron la entrada de la bóveda donde yacían sus restos hace tres siglos. Nadie había penetrado allí desde el día en que el cuerpo de la princesa Margarita fué depositado junto al de su esposo. Pero en la oscuridad, bajo las losas de mármol y aun

en las entrañas de la tierra, el tiempo había consumado su obra; corroidas las urnas de plomo bajo la carga ligera que contenían, se hallaron los huesos de las dos princesas esparcidos por el suelo de la bóveda.

Entonces se pensó en remediar el mal, y con este fin se emprendieron trabajos de restauración que acaban



OBRAS DEL CANAL DE ISABEL II. ACUEDUCTO DE LA SIMA.

de ser terminados. Las paredes de la bóveda se han puesto al abrigo de la humedad con una capa de pintura al oleo figurando colgaduras; se ha establecido un pavimento de piedra, y en lugar de los caballetes de hierro que sostenian los féretros, se ha levantado una mesa de piedra sostenida por doce columnillas y destinada á recibir las tres urnas de plomo.

Concluidas las reparaciones se llevaron los féretros que se habian sacado provisionalmente á su sepultura primitiva, y esto dió lugar á la solemne ceremonia del 5 de julio. Dos prelados eminentes y varios personajes elevados asistían á esta piadosa conmemoracion; monseñor el cardenal Donnet, arzobispo de Burdeos, y monseñor de Langalerie, obispo de Bellay; el delegado de S. M. el rey de Cerdeña; el conde Somis de la Chiavrie; varios funcionarios de la magistratura, del ejército y de la administracion; los miembros del tribunal civil de Bourg y los profesores del liceo; los miembros de la comision encargada del examen de las obras y otras personas distinguidas.

El cardenal Donnet, que habia celebrado el servicio fúnebre, pronunció un discurso, y en seguida los tres féretros, que durante la ceremonia habian estado expuestos, fueron trasladados á la sepultura. Los huesos de las dos princesas se depositaron en urnas nuevas; en cuanto al féretro del duque que se habia encontrado intacto, no se tocó á él, y la inscripcion consagrada á la memoria de Filiberto se lee todavia en letras góticas en la parte superior de la caja.

Por último, los obreros volvieron á colocar las losas de piedra sobre la sepultura que quedó cerrada para siempre. — Nos ha parecido curioso consignar aquí el recuerdo de estos funerales celebrados con la mayor pompa, cuando la muerte de los personajes tiene ya tres siglos de fecha.

Canal de Isabel II.

De antiguo se hacia sentir en Madrid la escasez de aguas y la urgencia de abastecer á su poblacion de un caudal suficiente para atender al sustento y á las primeras necesidades de la vida. Desde los tiempos de Carlos III en que se trató de conducir por un espacioso canal el rio Henares hasta hacerle atravesar por dentro de la capital, apenas se habia pensado en proyectos de alguna consideracion, mucho menos de la magnitud del que entonces se emprendió y del que ahora acaba de realizarse. La situacion topográfica de la corte y la falta de estudio sobre la naturaleza y circunstancias del terreno, hacian que creyéndole de una considerable elevacion sobre el nivel de los rios mas inmediatos, se tuviera por un delirio la sola idea de proponer que se tratase de sangrarlos para beneficiar con sus corrientes este suelo. Por otra parte, la gran distancia de aquellos y la inmensidad del coste que se creeria tuviesen las obras, hubiera retraido al mas emprendedor, y desalentado al mas animoso en semejante propósito.

Pero los apuros crecian y era preciso tomar un partido decisivo ó condenar la capital del reino á perpétua esterilidad y absoluto estancamiento, sin poder ir en punto á poblacion mas allá del límite que señalase la cantidad de agua disponible para la subsistencia. En tal situacion y ante semejante perspectiva, se adoptó por fin una resolucion en la que nada se aventuraba, y podia ganarse mucho si el resultado correspondia á los deseos y tal vez á las esperanzas que algunos habian llegado á concebir. El gobierno á quien tocaba la iniciativa en este como en todos los asuntos de interés general, correspondió á lo que de él tenían derecho á esperar sus administrados, y en 10 de marzo de 1848 se expidió una real orden comisionando á los ingenieros don Juan Rafo y don Juan Rivera para que procediesen á verificar los correspondientes estudios acerca de todas las corrientes de agua que se hallasen á las inmediaciones de la villa y pudieran utilizarse para tan importante servicio. Cumplieron su cometido de un modo satisfactorio, y despues de haber examinado los proyectos presentados, escribieron una luminosa Memoria, decidiéndose por el aprovechamiento de las aguas del rio Lozoya, que reunia las condiciones que pudieran desearse para conseguir el objeto á que se aspiraba. Al efecto presentaron un anteproyecto y presupuesto aproximado de un espacioso y sólido canal que alimentasen aque'las aguas, siendo este trabajo la base y origen de los que mas adelante habian de emprenderse y hoy han llegado á su término.

Desde aquel momento todo cambiaba de aspecto; lo que antes aparecia como imposible, se presentaba desde entonces como hacedero y sin otro obstáculo que la falta de un capital con que hacer frente á los inmensos dispendios que forzosamente habia de ocasionar empresa de tanta magnitud. No eran las circunstancias las mas á propósito para allegar considerables sumas, coincidiendo la presentacion del proyecto con la gran crisis monetaria de 1848 y 1849 en que los capitales se habian retirado de la circulacion, permaneciendo ocultos y retirados, y siendo al mismo tiempo su paralización efecto y causa de la desconfianza general. Difícil era tambien interesar á las empresas particulares y aun á las grandes sociedades de crédito, pues á todas arredraba el guarismo de los desembolsos, lo dificultoso de la obra y el largo plazo que naturalmente habia de trascurrir hasta poner en ganancias, siquiera fuesen enormes, el capital que en aquella se hubiese invertido y continuara anticipándose.

Riesgo y no pequeño corrió la Memoria presentada por los señores Rafo y Rivera de haber quedado, como otras muchas, sepultada entre el polvo de los archivos públicos; pero la buena suerte lo ordenó de distinta manera, y el gobierno tomó por cuenta suya y como punto de honra el acometer y dar cima y feliz suceso á la empresa. Tres años hacia que aquellos ingenieros habian presentado su proyecto, cuando siendo presidente del Consejo de ministros el señor don Juan Bravo Murillo, se expidió en el mes de junio de 1851 el real decreto estableciendo una suscripcion voluntaria mediante la cual podrian los particulares comprar las cantidades ó caudal de agua que desearan al precio de 8,000 rs. por real fontanero, ó bien anticipar sus fondos á la empresa con el interés de un 6 por 100 anual. Hé aquí el origen de las obras; y si bien no podemos prestar nuestra aprobacion á todas las medidas que se adoptaron mas adelante para continuarlas, por mas que nos hallemos dispuestos á disculparlas atribuyéndolas en gran parte al aturdimiento producido por la precipitacion de los primeros momentos y por el deseo de adelantar todo lo posible la realizacion del pensamiento, sin embargo, no podemos menos de fijar aquella fecha como el principio de la gran fábrica del acueducto.

Instalóse el consejo de administracion, procedióse á los trabajos preparatorios, y el dia 11 de agosto del propio año de 1851, en nombre de S. M. la reina sentó la primera piedra de la fábrica para la presa S. M. el rey, dando al acto toda la importancia y solemnidad que por su carácter y circunstancias merecia. Aquí empieza una serie de trabajos gigantescos y algunos poco menos que ciclópeos; de reverses de la fortuna sufridos con admirable destreza; de triunfos gloriosos y legítimamente conquistados por la ciencia. ¡Qué de esfuerzos no han sido necesarios, qué de actos de valor y de abnegacion, de inefable alegría y de infernal tortura no han pasado desapercibidos para todos cuantos ignoraban esa gran lucha, que el valor y la inteligencia habian emprendido y sostenian en la soledad de los campos y en las profundidades de la tierra contra la naturaleza y la materia, sacrificando noble, pero oscuramente su reposo y su vida centenares de hombres en obsequio de sus semejantes! No han sido empero malogrados tantos y tan generosos esfuerzos, y hoy puede España ostentar ese monumento como una de sus mas puras y envidiables glorias artísticas y como respuesta á los que no comprenden en nuestra nacion sino mezquindad y abatimiento.

Tiene esta gran fábrica 12 1/2 leguas de extension distribuidas del modo siguiente:

Canal en zanja 164,350 pies; idem sobre muros, 27,882; idem en minas, 42,768; idem sobre puentes, 4,237; idem en sifones, 11,109. Total: 250,345.

El carácter principal que distingue toda la construccion es la solidez; no habiéndose fiado nada absolutamente á la bondad de los terrenos, ni mucho menos al sistema de terraplenes, hechos con los desmontes, y que tan ocasionados son á gravísimos inconvenientes, uno de ellos al desnivel producido por los hundimientos y depresiones que subsiguen á las grandes lluvias y que tan funestos serian empleados en cualquiera parte de un acueducto. Todo se ha cimentado, ó sobre piso de roca, ó sobre fábrica en terreno sólido y resistente. El canal en todo su trayecto se halla cubierto de bóveda y una gruesa capa de tierra que le sirve de amparo, no permitiendo que el sol ó el estado atmosférico alteren la bondad y principales condiciones del agua que conduce. Sus dimensiones son:

1ª Canal en zanja ó sobre muros, que es la seccion ordinaria, 10 pies de altura por 8 de ancho, medidos interiormente.

2ª Canal en acueducto, 6 pies de altura por 5 de ancho.

3ª Canal en mina 7 1/2 pies de altura por 6 de ancho.

4ª Canal en sifon, compuesto de cuatro círculos de 2 1/2 pies de diámetro cada uno.

Tiene en su trayecto cinco puente-sifones, 28 puente acueductos y una gran multitud de targeas, alcantarillas, pontones, presas-canales y badenes para salvar los barrancos y corrientes de agua que atraviesa para llegar á las puertas de la corte. Como obras de construccion, entre otras muchas no menos dignas de elogio y de estudio, aparecen los puentes del barranco de las Cuevas, compuesto de dos arcos de 52 pies de abertura y 92 de elevacion; el del Espartal, con nueve arcos de 25 pies de abertura; el del arroyo Moronillo con cuatro arcos de 36 pies, todo de sillería, y fundado sobre estacado, y el elegante y magnífico de Amaniel, de diez y siete arcos y admirable construccion.

Pero las dos obras mas importantes, prescindiendo de los grandiosos muros del paso de la ladera de Patones, imponentes y de severa majestad, son la gran presa de toma y embalse de las aguas en el Lozoya y el depósito de recepcion del Campo de Guardias. La altura de la primera es de 110 pies, y su longitud de 300, conservándose invariable en toda su elevacion. El espesor de la sillería en la parte inferior es de 50 pies, disminuyendo á medida que la obra se eleva por retallos en ambas caras de la presa, hasta reducirse á 24 en la coronacion: este incommovible muro, esta especie de montaña de construccion, se halla, no obstante, reforzado por otro de mampostería de grandes piedras, de un espesor de 60 pies en su base, elevándose hasta la altura de 70. Una y otra fábrica descansan á 15 pies bajo el fondo del rio, sobre los bancos de peña que á esta profundidad unen sus dos márgenes y proporcionan

el mas seguro y sólido cimiento. El caudal de agua que contiene aquella enorme balsa es de 1.333.000 rs. fontaneros, pudiendo aumentarse en otros 160.000 solo con elevar un metro el coronamiento de la presa.

El depósito de recepcion del Campo de Guardias, ese inmenso corazon de donde parten las grandes arterias que han de vivificar la poblacion, se halla dividido en dos vastos compartimientos cerrados por una gruesa bóveda que sostiene 484 pilares enlucidos, en los que descansan 621 arcos en 22 hileras paralelas. Forma un rectángulo de 86 metros de latitud, 127 de longitud, y 5 metros 85 de altura hasta el arranque de la bóveda. Su altura total, desde la solera hasta la clave de las bóvedas será de 8 metros 77. En cada compartimiento hay una escalinata de piedra para la entrada de las aguas del canal; un tubo con su llave para la salida del agua á las cañerías de distribucion; un aliviadero de superficie para impedir que el agua pueda exceder en ningun caso del nivel conveniente, y un desagüe de fondo para poder dejar en seco cualquiera de los dos compartimientos cuando sea necesario.

Vengamos ahora á la parte mas principal, que es el agua y la cantidad que ha de llegar al depósito y surtir desde él á la poblacion. Pensóse en un principio que se abasteciese á Madrid con 10,000 rs. fontaneros que habian de servir para todos los usos y necesidades de sus habitantes. Solo con fijar la consideracion en la circunstancia de que no llegaban á 500 los que reunian todas las fuentes de que anteriormente se servia la capital, se comprendera el gran adelanto que tan considerable aumento significaba. Y sin embargo, no es esta la cantidad que ha de traer el canal, pues una vez rectificadas los primeros estudios sobre el canal del Lozoya, se agrandaron las proporciones del proyecto primitivo elevando el guarismo hasta 60,000 rs. que son los que llegarán al depósito central. Como que esta superabundancia de nada podria aprovechar á Madrid, se han destinado al riego y fertilizacion de las afueras, y los 10,000 restantes para el interior de la poblacion. A este propósito se han hecho los oportunos estudios sobre el terreno, dando por resultado la facilidad de regar la parte mas alta de Chamberí, cerros de la Fuente Castellana y afueras de la puerta de Alcalá. Fácilmente se comprenda esta posibilidad, sabiendo que el depósito del Campo de Guardias, considerablemente mas bajo que la balsa del Lozoya, se halla 30 pies mas elevado que la puerta de Santa Bárbara.

Una vez lleno el depósito, contendrá 56,540 metros cúbicos, ó sea 2.600,840 pies cúbicos de agua, si bien pocas veces se acumulará esta mole de agua por ser innecesaria para el consumo y mas preferible el alimentar el surtido de las fuentes con el caudal que diariamente conduzca el canal.

Re ta ahora que hagamos una indicacion acerca de otro asunto tambien de sumo interés para Madrid: el de la distribucion de las aguas en el interior. Esta obra, cuya importancia y mérito en la construccion nadie apenas conoce en Madrid, es en su clase no menos digna de admiracion que la que se ostenta á la vista desde la pradera de Guardias en direccion del Lozoya.

Tambien aquí ha habido dificultades inmensas que vencer, riesgos inminentes que correr, y rasgos de genio y audacia que apenas se pudieran comprender si no se hubiesen visto realizados. Ocasiones ha habido en que ha sido preciso trabajar debajo de un gran edificio, poco menos que suspendido en el aire y amenazado con sus crujidos desplomarse de un momento á otro, sepultando bajo sus escombros á cuantos se hallaban bajo sus cimientos. Avisados los vecinos desalojaron presurosos la temible vivienda, y entre tanto y con esfuerzos inauditos y arrojo sin igual se arrostraba el peligro y se lograba despues de largos dias y penosas noches hacerle desaparecer prosiguiendo adelante con la empresa. El digno y entendido ingeniero señor don José Morer, á cuyo cargo se halla la direccion de estas obras, adquiere en ellas no menos gloria que el señor Valle ha conquistado con las del canal y depósito.

La longitud de la cañería para las aguas en el interior de la villa pasa de 16 leguas, y la tubería necesaria para llevar el agua desde aquella á todas las casas de la poblacion es de mas de 28 leguas. Lo bien entendido de su distribucion hará que nunca pueda interrumpirse el servicio en una calle, aun cuando suceda uno de esos accidentes tan comunes en los detalles de las grandes obras y quede momentáneamente interrumpida la comunicacion con la calle inmediata. Deberáse esta inapreciable ventaja al excelente sistema adoptado para las llaves y enlace de la tubería de una calle con la de las adyacentes.

— Hemos tomado las noticias que preceden de un largo y notable artículo publicado por la *España*, sobre esta gran obra de tanta trascendencia para el pueblo de Madrid, y ahora concluiremos con algunos detalles del acto solemne de la inauguracion que tuvo lugar el 24 de junio, con presencia de S. M. la reina y de toda la corte.

S. M. entró por el arco situado al lado del depósito, subió la escalinata principal del mismo, donde fué recibida por los ministros, el ayuntamiento y las autoridades de Madrid, y pasó al compartimiento del Oeste ocupando el palco preparado al frente de la entrada de las aguas. En seguida, previo benepíctico de S. M. la reina, el director de las obras, Ilmo. Sr. D. Lucio del Valle, dispuso que se levantasen las compuertas de la casa-partidor, y á los pocos instantes se precipitó el agua por la escalera de entrada, formando una violenta cascada. Tres vivas á S. M. la reina, repetidos con el ma-

por entusiasmo, resonaron entonces por las inmensas bóvedas del depósito. En este momento una salva de artillería y un repique general de campanas anunció á la población tan fausto acontecimiento. El eminentísimo y Excmo. señor cardenal arzobispo de Toledo bendijo, en medio del mas profundo y religioso recogimiento, las aguas que entraban en el depósito.

Concluida que fue la sagrada ceremonia, dejaron oírse armónicos coros de ambos sexos que entonaron un himno alusivo al objeto, y S. M., altamente complacida del éxito feliz obtenido en una obra de tanta importancia, subió á ocupar la galería de la casa-administración, donde el señor marques del Socorro, presidente del consejo de administración del canal, tuvo la honra de dirigir á S. M. un breve discurso al que S. M. se dignó contestar en términos sentidos.

Acto continuo queriendo la reina dar una prueba de su real aprecio á los individuos que tomaron parte en la dirección, administración y ejecución de las obras confirió la gran cruz de Carlos III á don José Solano, marqués del Socorro, como presidente del consejo de administración del canal, y la misma gracia á don Lucio del Valle, director de las obras.

X.

Una romería en Vizcaya.

Apenas el sol ha coronado nuestras montañas con su franja de oro, y su brillo irradia en las llanuras pálido aun y sin fuerzas, la iglesia ó santuario de la aldea donde se celebra la romería, da la voz de alerta á su reducido vecindario, poniendo en juego para el efecto cuantas campanas tenga, chicas y grandes. Este repique suena alegre y bullicioso en el espacio, llevando el regocijo con el día que anuncia á todas las colinas y hondonadas, llanos y vericuetos que circundan el lugar. Momentos despues déjanse oír los bulliciosos sonidos del tamboril, alegre como siempre.

Hé aquí la chispa eléctrica que ha de poner en conmoción á sus tranquilos habitantes.

De pronto se anima la escena... ladra el perro, el buey muje, relincha el caballo, y nuestros aldeanos abren puertas y ventanas, quiero decir que las abren de par en par, porque abiertas las tienen siempre: ¡ tanta es su honradez y confianza!

Inmediatamente desalojan sus caseríos, hombres y mujeres, viejos y jóvenes, chicos y grandes, y todos se dirigen á la iglesia por mil diferentes caminos y con mas ó menos presteza, pero con igual voluntad... que entre nosotros todo se dedica á Dios (mal que pese á los filósofos é ilustrados), lo mismo nuestros recreos, que son puros y honestos, y por consiguiente, dignos de él, como las desgracias y calamidades que él nos envía.

¡Qué precioso espectáculo! Todo el campo, altos y bajos, monte y llanuras, cubierto de chozas ó tiendas como en día de batalla. Bajo de ellas se afanan las poncheras, que han pasado la noche al raso, en colocar mesas, bancos, cestas y demás, disputando unas y otras el corto espacio adquirido á fuerza de constancia.

En tanto los aldeanos, que van á oír la primera misa descienden en pelotones, por senderos tortuosos y caminos extraviados, formando grupos mas ó menos vistosos y animados, pero todos llenos de colorines, que se dibujan vivos y graciosos á través de las hojas, que se ocultan unos momentos, para aparecer muy luego á nuestra vista con todo el encanto de su sencilla hermosura.

Ellos visten anchos pantalones sujetos con una faja de lana encarnada, abarcas de cuero graciosamente calzadas, camisa blanca como la nieve, de ancho cuello, en el cual y en sus mangas vereis lucir antiguas monedas de plata, en lugar de los prosáicos botones, un jugon de lana ó una ligera chaquetilla colgada al hombro, chaleco de mil colores y boinas blancas, azules ó encarnadas.

Y ellas la cabeza descubierta, caido el cabello sobre sus espaldas en luengas trenzas que llegan al tobillo; desde su garganta un rosario de perlas rojas ó negras, que tanto es en ellas un adorno como un amuleto; prieto justillo negro, rígido y severo, que solo deja libre la parte superior del pecho que confina con el cuello, oculto á su vez púdicamente entre los pliegues de una blanca camisa; saya corta azul, verde ó encarnada (estos son los únicos colores que imperan en el campo) que llega hasta media pierna, y abarcas de cuero como los hombres, pero sujetas con graciosas ligaduras, ó zapato bajo, algunas con hebilla.

Como veis, estas rústicas doncellas, con toda la libertad que su vida y el campo les concede, cuidan bien de no dejar ninguna parte de su cuerpo expuesta á las miradas del hombre. Siguieran este ejemplo las mujeres de nuestra sociedad, y correrían menos peligros.

Pero no interrumpamos nuestra narración.

Por una pendiente baja un respetable anciano de nevada cabellera, encorvado bajo el peso de sus años y sostenido cariñosamente por sus hijos y nietos, el menor de los cuales es ya hombre... que este es el premio reservado á la pureza y moderación.

De otro lado sube la cuesta una mocetona fresca, colorada y fornida (como son todas) en tierno coloquio con su novio, guapo muchacho, de fisonomía franca y amable presencia.

Aquí y allí grupos numerosos de viejos y viejas, jóvenes y doncellas, niños y niñas, todos con el vestido de Pascua, muy majos y airosos, muy alegres y contentos.

Llegan á la iglesia, y la joven se separa de su novio, la hija de su padre, la mujer de su marido, y todos y todas se acercan, sin confusion ni barullo, al pié del altar, en el que las doncellas colocan sus humildes ofrendas á la Reina de los Angeles.

Despues de concluida la misa salen á la campiña, y ya en ella se sientan los ancianos sobre la yerba ó en bancos rústicos, y los fieles ocupan el lugar de distincion, que es un banco de madera clavado en tierra para evitar los continuos vaivenes que harian perder su gravedad á los dignísimos miembros de ayuntamiento: hincan solemnemente sus chuzos en la tierra, y uno tras otro se suceden innumerables *aurrescus* y *auchescus*, fandangos y *arinoris*, que ejecutan hombres y mujeres, unos en pos de otros. Algunos hay que lo hacen con todas las reglas y perfeccion del arte coreográfico en su primitiva sencillez, sin afectacion.

Por lo demás, en algunos pueblecillos las muchachas forman un círculo alrededor del que hacen los jóvenes para el *aurrescu*, y todas quietecitas, expuestas á las miradas de todos, con color de la vergüenza en sus mejillas, pero siempre riendo y cuchicheando, esperan con ansiedad que vayan á buscarlas y... feliz aquella que la saquen para bailar con su novio.

Este baile es muy sencillo y decente, y por su parte el comedimiento y moderacion de nuestros aldeanos, en general, causaria rubor á muchos hombres y mujeres de la alta sociedad.

¿Y sabeis porque este respeto de nuestros campesinos á sus mujeres? Porque en el campo todos los hombres tienen su novia, y su novio las mujeres; esto es consiguiente; se aman como debe amarse, sin arrebatos de delirio, pero con cariño y verdad, y ninguno toleraria el menor descomedimiento con su amada; por esto son todas respetadas.

Segun avanza la mañana se llena la campiña; el tamboril se oye en todas partes; aquí y allí ciegos con violines, guitarras, flautas; mas allá aldeanos que lanzan al viento los alegres sonidos del albugue. Todo es bulla, regocijo y algazara.

Bajo una tienda dos novios beben sus secretos en el mismo vaso: en otra comparte un padre con su familia: en aquella varios mozos entierran en sus estómagos el producto de una apuesta; y mas lejos, unas mozas reciben con faz placentera y rostros risueños los homenajes y obsequios de sus amantes.

Llegadas las diez, cesan las músicas, los bailes y las comidas, se vuelve á la iglesia á oír la misa mayor, y hasta concluida esta todo permanece muerto.

Pero entonces empieza de nuevo la bulla, y no cesa el baile hasta la noche.

Concluyó la misa. Hé aquí la hora solemne de la romería: Donde quiera que uno se halle, atruena sus oídos un rumor confuso de flautas, guitarras y tamboriles: por todas partes corros mas ó menos numerosos de bailes, juegos y comidas.

Y no es corta la parte que en ello toman los bilbainos y bilbainas, muy particularmente nuestras criadas, dueñas y costureras, que se acicalan para estas fiestas con un entusiasmo febril, y á veces con mas gusto y aun lujo que sus mismas señoras.

Ellas bailan como desesperadas mañana y tarde, pero siempre con jóvenes de la villa, que si son largos en sus dádivas, nunca se quedan cortos en las recompensas que piden.

A veces suelen tambien tomar una parte muy activa en la fiesta personas de mas suposicion, y no es difícil ver un corro de señoras y caballeros, que bailan y se divierten ni mas ni menos que el último de los aldeanos; y aun pudiera notarse alguna vez una agradable amalgama de damas y campesinos, aldeanas y caballeros.— Hoy esto es muy raro ya, pues al paso que tiende el siglo á destruir las distinciones sociales, estas se separan mas, son mas señaladas, y nunca su lucha fué mas encarnizada.

Hemos oído á nuestros padres el poco caso que en su tiempo se hacia de esas preocupaciones, y de ahí que las romerías de entonces tuvieran un carácter tan general de alegría y contento.

Pero concluyamos este pobre cuadro.

Hubiérame inspirado Noé para que cantara las comidas (vulgo tascas) que se devoran bajo los anchos castaños, los tragos que se menudean, la zambra y algazara, las burlas y abrazos que alegremente se dan y alegremente se reciben, y tuviera yo que nacer para llenar un volumen y el lector para leer hasta aburrirse. Pero faltándome la inspiracion del santo, fuerza es que se contente con lo que le diga mi propia inspiracion, que es bien menguada.

A la tarde es ya aquello una república. El sol, las muchachas y el vino se meten muy fácilmente en los cascos de los jóvenes, y... entonces es ella.— Da gusto ver las grandes meriendas que se improvisan bajo los árboles: las soberbias cazuelas de bacalao á la vizcaina con su salsa colorada por la colorada pimienta: la sa-

brosa merluzá, que de fresca baila en las sartenes: los innumerables pollos y pollas condenados al martirio de san Lorenzo: la degollacion de corderos y carneros, liebres y gatos... etc., etc.

Pero no es esto lo mejor, sino que para cada cazuela vereis una docena de mocetones y mocetonas que la rodean, dirigiendo á su fondo ávidas miradas, y manejando su mano (que hace de cuchara, tenedor y cuchillo) de la cazuela á la boca, de la boca á la cazuela.

Luego corre el jarro ó la bota todo el círculo, y ahí los teneis tan felices, sin pizca de filosofía, menudeando tantos tragos y abrazos como tajadas.

Los jóvenes bilbainos, que en todo meten baza, andan de ceca en meca cazando morenas, rubias, blancas y negras, que á todo se avienen, y en una parte cogen una flor para volverla á dejar en otra, allí un apretón de manos, aquí una coz, mas allá un beso, luego una culada, y todo acompañado de otras fiestas, que no siempre son bien acogidas, y á veces de estas monadas, que ellos creen tan naturales, porque no conocen la susceptibilidad de nuestros aldeanos, se originan disputas, que pudieran tener graves consecuencias, y que gracias al regocijo general se acaban siempre bebiendo en un mismo vaso el ofensor y la ofendida.

Entre tanto los aldeanos y aldeanas no paran un solo momento su baile, cuidándose muy poco si riñen, miran, rien ó burlan á su alrededor.

Las bilbainas tampoco pierden el tiempo, pero pierden á veces sus trajes tan bellos, su salud nunca fuerte, y su alma, que es de vidrio, quiero decir, muy frágil y quebradiza.

Los ciegos cantan, los niños juegan, los mozos comen, beben y bailan, los viejos charlan de sus hijos é hijas, de sus yuntas y heredades, y el día pasa veloz entre brinco, chispas y alegrías.

En medio de este estruendo infernal la noche se acerca, y el tamborilero toca retirada. Entonces se dan las manos los jóvenes y las doncellas, y hacen un ancho círculo que gira velozmente al compás del instrumento, entre los tropiezos, culadas, caídas y risotadas de unas y otros.

Luego que este violento ejercicio les deja cansados y jadeantes, toca el tamboril el último golpe, en el instante mismo que suena el primero de las oraciones...

En aquel mundo creyente y sencillo, todos respetan este momento, que nosotros ni siquiera lo apercebimos: todos se descubren: los jóvenes quitan sus boinas y el sombrero de embudo los ancianos, y rezan con verdadera devocion el *Ave Maria*, en que les acompañan sus mujeres. Este es el último adiós á la romería.

Cumplido este deber se retiran todos con el mismo contento que habian traído. Los jóvenes tomándose la libertad que la fiesta les concede, van delante tiernamente enlazados sin afectar al decoro, y en pos siguen sus padres haciendo votos por ellos, y deseándoles mil prosperidades.

Y en el silencio de la noche se oye el alegre *ujú*, que el eco repite en todas las montañas, lánguido y apagado, como la última expresion del regocijo de un día. Y entre las sombras que el campo envuelve, oculta el joven á su amada para exigir el beso de despedida, que escapa furtivamente de sus labios, cuando no es suspendido por la voz de los padres que extrañan su desaparicion.

¡ Adios cantos, músicas y bailes!

¡ Adios risas, contento y alegría!

¡ Todo ha muerto, porque todo muere con la noche!

Hé aquí mi cuadro: rápido como el tiempo con que cuento y corto como el espacio de que dispongo. Los que no le conozcan (que serán todos) que vean el original, que es cosa fácil y cuesta poco.

GABRIEL DE BENGUA.

Las regatas.

Cada año se va extendiendo el favor de que disfrutan hace tiempo en Francia las fiestas náuticas. Quizá no está lejána la época en que todas las ciudades del imperio tengan su sociedad de regatas, como tienen su comicio agrícola, su sociedad arqueológica y otras sociedades que bajo una apariencia mas grave no tienen siempre un objeto de utilidad tan positivo.

Mientras esto sucede se cuentan ya muchas poblaciones muy aficionadas al espectáculo, como Paris, Burdeos, Nantes, Dieppe y el Havre.

Damos una vista del campo de carreras de Burdeos durante las regatas de vela del 17 de julio. Los vencedores de este magnífico torneo fueron:

Primera categoría, barcos de diez metros y mas: *Mouche*, goleta, perteneciente á M. Chateau, y *Swea*, cutter de M. Degiaer.

Segunda categoría, barcos de siete á diez metros: *Syrene*, de M. Duprat; *Iris*, de M. Rousse.

Tercera categoría, barcos de menos de siete metros: *Gazelle*, de M. Leon Ducos; *Roitelet*, de M. E. Lafon.

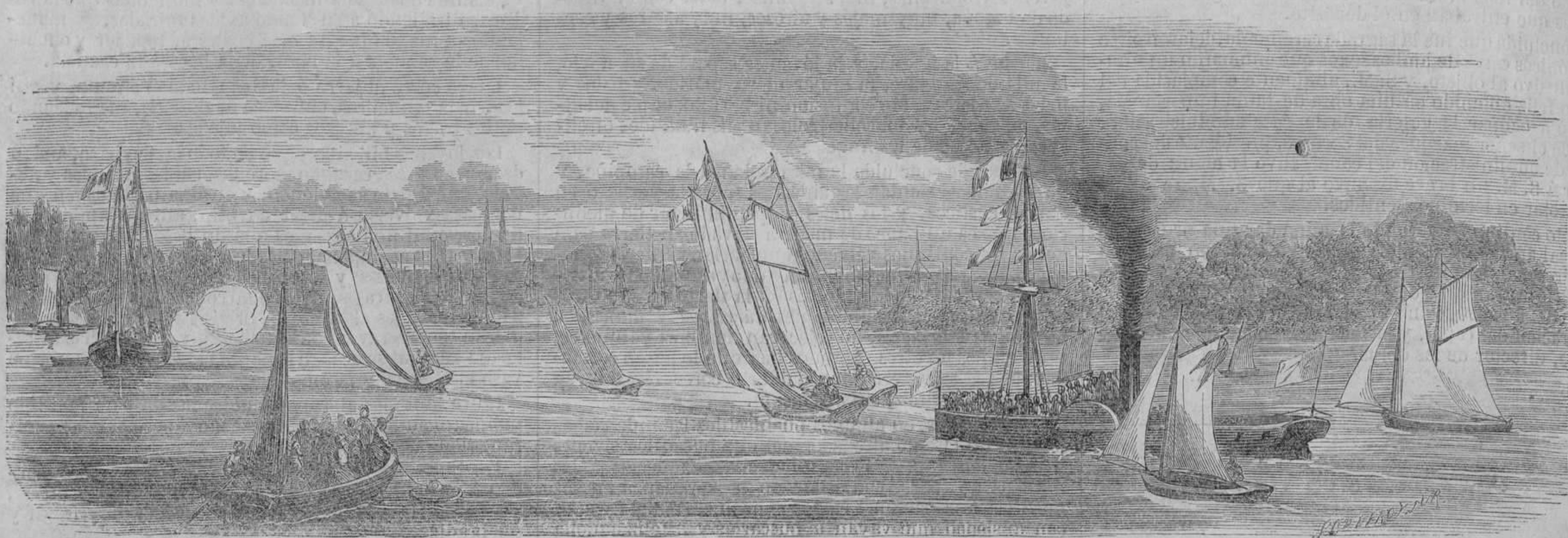
Estas carreras ofrecieron á la poblacion de Burdeos un hermoso espectáculo.

Damos otra vista de las regatas de la bahía de Somme, que tuvieron lugar el mismo día en Saint-Valery. Aquí el teatro era mas vasto, y ofrecia una perspectiva de otro carácter. Paris habia mandado á la bahía la flor de

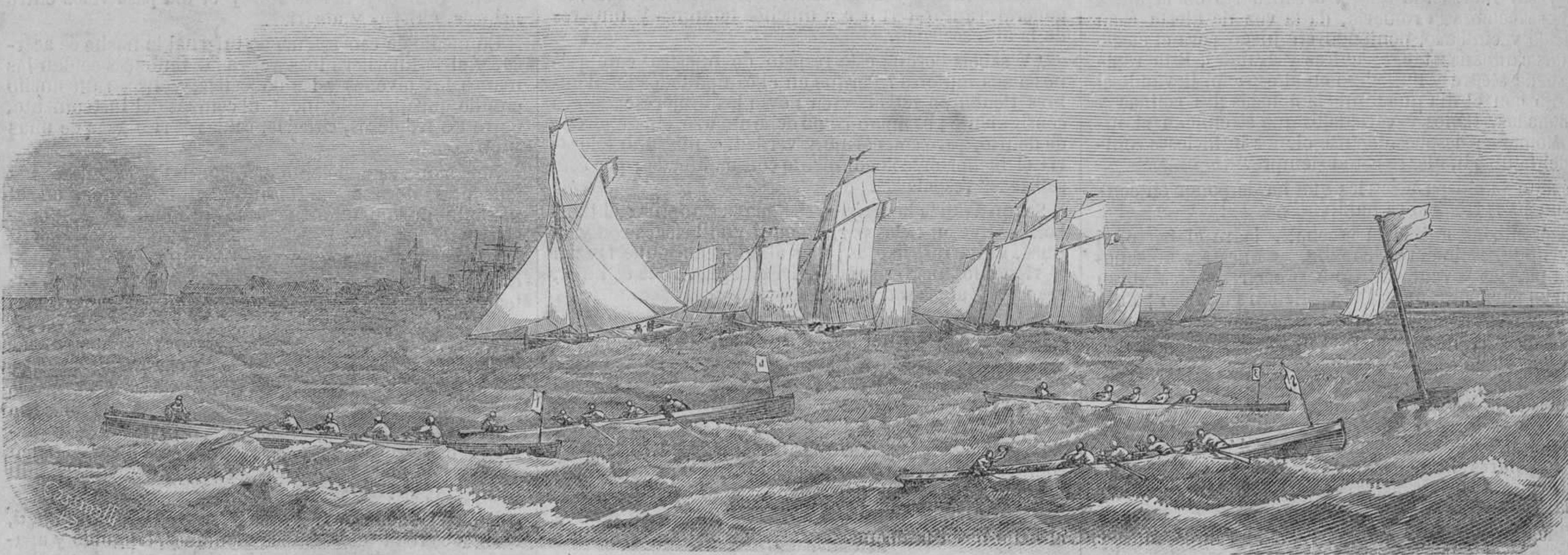
sus embarcaciones, y figuraban tambien en la fiesta Boulogne, Dieppe y Abbeville. La presencia de tantas banderas excitó la mayor emulacion. Hé aquí la distribución de los premios :

Lanchas pescadoras : primer premio, *Catherine de Cayeux*, patron Devinae ; segundo premio, *Saint-Esprit*, Hourdel.

Embarcaciones de aficionados : primer premio, *Tor-*



REGATAS DE BURDEOS. — CARRERAS DE LAS EMBARCACIONES DE VELA.



REGATAS DE SAINT-VALERY (Somme). — CARRERAS DE LOS VELEROS Y LOS BOTES DE PARIS.

pille, de M. Abel de Loroue, de Paris ; segundo premio, *Coquette*, de Abbeville ; tercer premio, *New-York*, de M. Móre, de Paris.

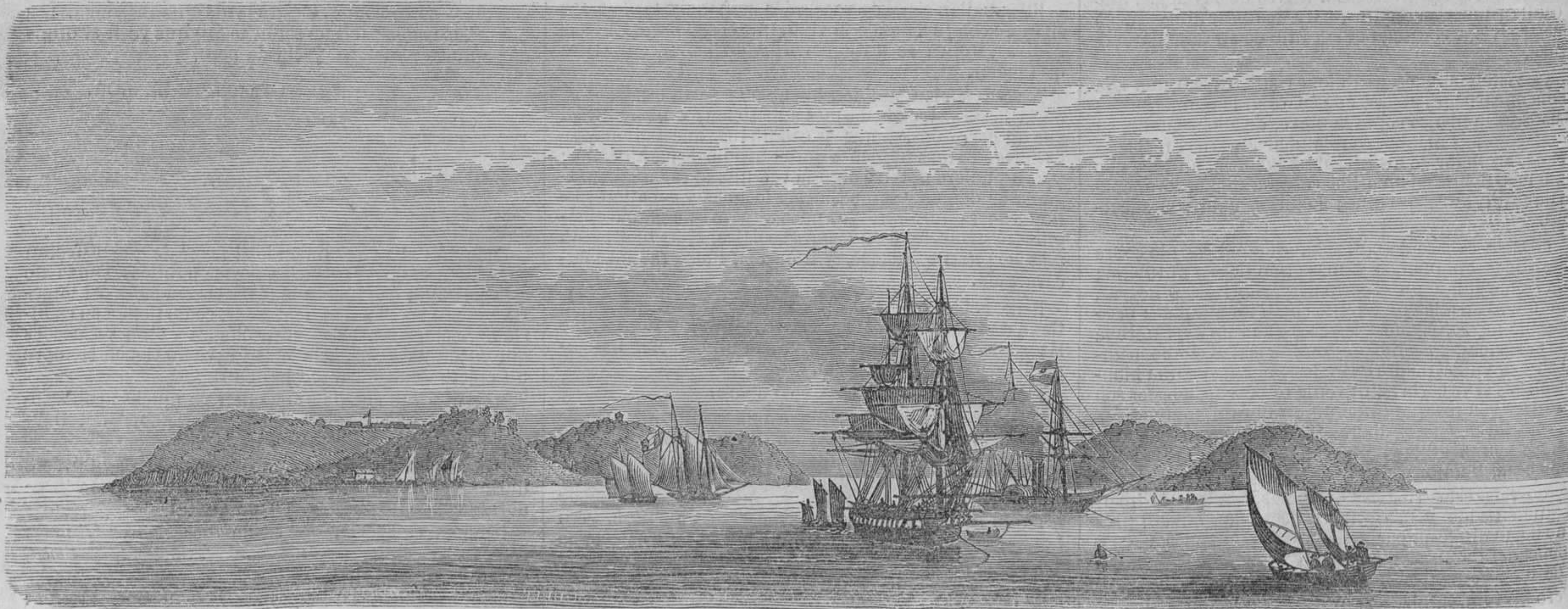
Las carreras á remo dieron lugar á una lucha muy

animada entre *Flore*, de Paris, de M. Cailliez, y *Fileton-Naud*, de Dieppe, de M. Dejean ; salió ganando la embarcacion parisiense.

Al otro día 12 de julio hubo otra lucha entre las em-

barcaciones de vela que habian corrido la vispera, y alcanzaron la victoria *Franc-Picard*, *Cornelio* y *Mistral*, de Paris.

C. M.



LAS ISLAS DEL SALUT EN LA GUYANA FRANCESA: (Véanse las páginas 100 y 101.)